

¡Qué regalo, el tiempo!

El inicio del nuevo año, en nuestra liturgia, está iluminado por la antiquísima bendición con la que los sacerdotes israelitas bendecían al pueblo: «El Señor te bendiga y te guarde. El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda gracia; el Señor vuelva su rostro hacia ti y te dé paz».

Queridos amigos y lectores del Boletín Salesiano, estamos al inicio de un año nuevo, así que expresémonos mutuamente los mejores deseos para el tiempo que vendrá, para el tiempo que llega, un regalo que contiene cada otro regalo en el que se desarrolla nuestra vida.

Llenemos, por lo tanto, este deseo de contenidos que lo iluminen. Demos la palabra a Don Bosco que, cuando llegó al seminario de Chieri, se detuvo en el reloj de sol que, aún hoy, se destaca en la pared del patio, y contaba: «Alzando la vista sobre un reloj de sol, leí este verso: *Afflictis lentae, celeres gaudentibus horae*». Aquí está, le dije al amigo, aquí está nuestro programa: mantengámonos siempre alegres y el tiempo pasará pronto (Memorias Biográficas I,374).

El primer deseo que nos intercambiamos, para vivirlo, es el que Don Bosco nos recuerda: vive bien, vive sereno y transmite serenidad a quienes te rodean, ¡el tiempo tendrá otro valor! Cada momento del tiempo es un tesoro; pero es un tesoro que pasa rápidamente. Siempre Don Bosco amaba comentar: «*Los tres enemigos del hombre son: la muerte (que sorprende); el tiempo (que se le escapa), el demonio (que le tiende sus lazos)*» (MB V,926).

«Recuerda que ser feliz no es tener un cielo sin tormentas, un camino sin accidentes, trabajo sin esfuerzo, relaciones sin decepciones» recomienda un antiguo deseo. «Ser feliz no es solo celebrar los éxitos, sino aprender lecciones de los fracasos. Ser feliz es reconocer que vale la pena vivir la vida, a pesar de todos los desafíos, malentendidos y períodos

de crisis. Es agradecer a Dios cada mañana por el milagro de la vida».

Un sabio tenía en su estudio un enorme reloj de péndulo que a cada hora sonaba con solemne lentitud, pero también con gran estruendo.

«¿Pero no le molesta?» preguntó un estudiante.

«No» respondió el sabio. «Porque así, a cada hora, me veo obligado a preguntarme: ¿qué he hecho de la hora que acaba de pasar?».

El tiempo es el único recurso no renovable. Se consume a una velocidad increíble. Sabemos que no tendremos otra oportunidad. Por lo tanto, todo el bien que podamos hacer, el amor, la bondad y la amabilidad de las que somos capaces, debemos donarlas ahora. Porque no volveremos a esta tierra una vez más. Con un perpetuo velo de remordimiento en nuestro interior, sentimos que Alguien nos preguntará: «¿Qué has hecho de todo ese tiempo que te regalé?».

Nuestra esperanza se llama Jesús

En el nuevo tiempo que acabamos de comenzar, las fechas y los números de un calendario son signos convencionales, son signos y números inventados para medir el tiempo. En el paso del año viejo al nuevo año ha cambiado muy poco, y sin embargo, la percepción de un año que termina nos obliga a hacer siempre un balance. ¿Cuánto hemos amado? ¿Cuánto hemos perdido? ¿Cuánto hemos mejorado, o cuánto hemos empeorado? El tiempo que pasa nunca nos deja iguales.

La liturgia, en el surgimiento del nuevo año, tiene una forma propia de hacernos hacer un balance. Lo hace a través de las palabras iniciales del evangelio de Juan; palabras que pueden parecer difíciles pero que en realidad reflejan la profundidad de la vida: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios: todo fue hecho por medio de él, y sin él nada de lo que existe fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; la luz brilla en las tinieblas, pero las

tinieblas no la han recibido". En el fondo de cada una de nuestras vidas resuena una Palabra más grande que nosotros. Esa es la razón por la que existimos, por la que el mundo existe, por la que todo existe. Esta Palabra, este Verbo, es Dios mismo, es el Hijo, es Jesús. El nombre de la razón por la que hemos sido hechos se llama Jesús.

Él es la verdadera razón por la que todo existe, y es en Él que podemos entender lo que existe. Nuestra vida no debe ser juzgada comparándola con la historia, con sus eventos y su mentalidad. Nuestra vida no puede ser juzgada mirando a nosotros mismos y a nuestra sola experiencia. Nuestra vida es comprensible solo si se la acerca a Jesús. En Él todo adquiere un sentido y un significado, incluso de lo que nos ha sucedido de contradictorio e injusto. Es mirando a Jesús que entendemos algo de nosotros mismos. Lo dice bien un salmo cuando afirma: "A tu luz vemos la luz".

Esta es la forma de ver el Tiempo según el Corazón de Dios, y nosotros deseamos vivir este tiempo nuevo así.

El nuevo año traerá a todos nosotros, a la familia salesiana, a la Congregación, importantes eventos y novedades. Todo dentro del regalo del Jubileo que en la Iglesia estamos viviendo.

Dentro del espíritu del Jubileo dejemos que nos lleve la Esperanza que es la presencia de Dios en nuestra vida.

El primer mes de este nuevo año, enero, está salpicado de fiestas Salesianas que nos llevan a la Fiesta de Don Bosco, agradezcamos a Dios por esta delicadeza con la que nos permite comenzar el nuevo año.

Dejemos, por lo tanto, la última palabra a Don Bosco y fijemos este su aforismo, para que forje nuestro 2025: *Hijitos míos, conserven el tiempo y el tiempo los conservará a ustedes por la eternidad* (MB XVIII 482,864).

Perfiles de familias heridas en la historia de la santidad salesiana

1. Historias de familias heridas

Estamos acostumbrados a imaginar la familia como una realidad armoniosa, caracterizada por la coexistencia de varias generaciones y por el papel guía de los padres que establecen la norma y de los hijos que, al aprenderla, son guiados por ellos en la experiencia de la realidad. Sin embargo, a menudo las familias se ven atravesadas por dramas e incomprendimientos, o marcadas por heridas que agreden su configuración óptima y devuelven una imagen distorsionada, falsificada y engañosa.

También la historia de la santidad salesiana está atravesada por historias de familias heridas: familias donde falta al menos una de las figuras parentales, o donde la presencia de mamá y papá se convierte, por diversas razones (físicas, psíquicas, morales y espirituales), en un obstáculo para sus hijos, hoy en camino hacia los honores de los altares. El mismo Don Bosco, que había experimentado la muerte prematura de su padre y el alejamiento de la familia por la prudente voluntad de Mamá Margarita, quiere – no es casualidad – que la obra salesiana esté particularmente dedicada a la «juventud pobre y abandonada» y no duda en alcanzar a los jóvenes que se han formado en su oratorio con una intensa pastoral vocacional (demostrando que ninguna herida del pasado es un obstáculo para una vida humana y cristiana plena). Por lo tanto, es natural que la misma santidad salesiana, que se nutre de las existencias de muchos jóvenes de Don Bosco que luego fueron consagrados a través de él a la causa del Evangelio, lleve en sí – como lógica consecuencia – la huella de familias heridas.

De estos chicos y chicas que crecieron en contacto

con las obras salesianas se quieren presentar tres, cuyas historias se “inserten” en el surco biográfico de Don Bosco. Los protagonistas son:

– la beata Laura Vicuña, nacida en Chile en 1891, huérfana de padre y cuya madre inicia en Argentina una convivencia con el rico propietario Manuel Mora; Laura, por lo tanto, herida por la situación de irregularidad moral de su madre, está dispuesta a ofrecer su vida por ella;

– el siervo de Dios Carlo Braga, valtellinense de 1889, abandonado de pequeño por su padre y cuya madre es alejada porque se la considera, por una mezcla de ignorancia y maledicencia, psíquicamente inestable; Carlo, por lo tanto, que enfrenta grandes humillaciones y verá su vocación salesiana puesta en dificultades en varias ocasiones por aquellos que temen en él un comprometedor resurgimiento del malestar psíquico falsamente atribuido a su madre;

– finalmente, la sierva de Dios Anna María Lozano, que nace en 1883 en Colombia, sigue con su familia a su padre en el lazareto, donde se ve obligado a trasladarse tras la aparición de la terrible lepra, será obstaculizada en su vocación religiosa, pero podrá finalmente realizarla gracias al encuentro providencial con el salesiano Luigi Variara, beato.

2. Don Bosco y la búsqueda del padre

Como Laura, Carlo y Anna María – marcados por la ausencia o las “heridas” de una o más figuras parentales – antes que ellos, y en cierto sentido “por ellos”, también Don Bosco experimenta la falta de un núcleo familiar fuerte.

Las *Memorias del Oratorio* deben pronto detenerse en la precoz pérdida del padre: Francisco muere a los 34 años y Don Bosco – no sin recurrir a una expresión en ciertos aspectos desconcertante – reconoce que «*Dios misericordioso* los golpeó a todos con una grave desgracia». Así, entre los primeros recuerdos del futuro santo de los jóvenes se abre paso una experiencia desgarradora: la del cadáver del padre, de quien la madre intenta alejarlo, encontrando sin embargo su

resistencia: «Yo quería absolutamente quedarme», explica Don Bosco, quien entonces añadió: «Si papá no viene, no quiero ir [me]». Margarita le responde entonces: «Pobre hijo, ven conmigo, ya no tienes padre». Ella llora y Juancito, que carece de una comprensión racional de la situación, pero intuye todo el drama con una intuición afectiva e identificativa, hace suya la tristeza de la madre: «Yo lloraba porque ella lloraba, ya que a esa edad no podía comprender cuánto gran infortunio era la pérdida del padre».

Frente al papá muerto, Juancito demuestra considerarlo aún el centro de su vida. De hecho, dice: «no quiero *ir* [contigo, mamá]» y no, como esperaríamos: «no quiero *venir*». Su punto de referencia es el padre – punto de partida y deseable punto de retorno –, respecto al cual cada alejamiento parece desestabilizador. En el dramatismo de esos momentos, además, Juancito aún no ha comprendido qué significa la muerte del progenitor. De hecho, espera («si papá no viene...») que el padre aún pueda estar cerca de él: y sin embargo ya intuye su inmovilidad, su mutismo, su incapacidad de protegerlo y defenderlo, la imposibilidad de ser tomado de la mano por él para convertirse a su vez en un hombre. Las vicisitudes inmediatamente posteriores, además, confirman a Giovanni en la certeza de que el padre lo protege amorosamente, lo orienta y lo guía y que, cuando le falta, incluso la mejor de las madres, como lo es Margarita, puede proveer solo en parte. En su camino de chico exuberante, el futuro Don Bosco encuentra sin embargo a otros “padres”: los casi coetáneos Luis Comollo, que despierta en él la emulación de las virtudes, y san José Cafasso, que lo llama «mi querido amigo», le hace «un gesto amable para que se acerque» y, al hacerlo, lo confirma en la persuasión de que la paternidad es cercanía, confianza e interés concreto. Pero hay sobre todo don Calosso, el sacerdote que “intercepta” al rizado Juancito en ocasión de una “misión popular” y se convierte en determinante para su crecimiento humano y espiritual. Los gestos de don Calosso operan en el preadolescente Juancito una verdadera revolución. Don Calosso, ante todo, *le habla*. Luego

le da voz. Después lo anima. Además: se interesa por la historia de la familia Bosco, demostrando saber contextualizar el “ahora” de ese chico en el “todo” de su historia. Además, le revela el mundo, de hecho, de alguna manera lo reintegra al mundo, haciéndole conocer cosas nuevas, regalándole nuevas palabras y demostrándole que tiene las capacidades para hacer mucho y bien. Finalmente, lo cuida con el gesto y con la mirada, y provee a sus necesidades más urgentes y reales: «Mientras yo hablaba, nunca me quitó la mirada de encima.

“Anímate amigo, yo pensaré en ti y en tus estudios”».

En don Calosso, Juan Bosco hace, por lo tanto, la experiencia de que la verdadera paternidad merece una entrega total y totalizadora; conduce a la conciencia de sí mismo; abre un “mundo ordenado” donde la regla da seguridad y educa a la libertad:

«Yo me puse pronto en manos de don Calosso. Entonces conocí lo que significa tener una guía estable [...], un amigo fiel del alma... Él me animó; todo el tiempo que podía lo pasaba cerca de él... Desde esa época comencé a saborear lo que es la vida espiritual, ya que antes actuaba más bien materialmente y como una máquina que hace una cosa, sin saber la razón».

El padre terrenal, sin embargo, también es aquel que siempre quisiera estar cerca del hijo, pero en un cierto momento ya no puede hacerlo. También don Calosso muere; incluso el mejor padre en un momento se hace a un lado, para otorgar al hijo la fuerza del desapego y de la autonomía propias de la edad adulta.

¿Cuál es entonces, para Don Bosco, la diferencia entre familias exitosas o fracasadas? Se podría estar tentado a decir que está toda aquí: “exitosa” es la familia caracterizada por padres que educan a los hijos a la libertad y, si los dejan, es solo por una imposibilidad sobrevenida o por su bien. “Herida” en cambio es la familia donde el progenitor ya no genera vida, sino que lleva en sí problemas de diversa índole que obstaculizan el crecimiento del hijo: un progenitor que se desinteresa por él y, ante las dificultades,

incluso lo abandona, con una actitud tan diferente a la del Buen Pastor.

Las vicisitudes biográficas de Laura, Carlo y Anna María lo confirman.

3. Laura: una hija que “genera” a su propia madre

Nacida en Santiago de Chile el 5 de abril de 1891, y bautizada el 24 de mayo siguiente, Laura es la hija mayor de José D. Vicuña, un noble venido a menos que se había casado con Mercedes Pino, hija de modestos agricultores. Tres años después llega una hermanita, Julia Amanda, pero pronto el papá muere, tras haber sufrido una derrota política que ha minado su salud y comprometido, con el sustento económico de la familia, también el honor. Privada de cualquier «protección y perspectiva de futuro», la madre llega a Argentina, donde recurre a la tutela del terrateniente Manuel Mora: un hombre «de carácter soberbio y altivo», que «no disimula odio y desprecio por quienquiera que se oponga a sus planes». Un hombre que solo en apariencia garantiza protección, pero que en realidad está acostumbrado a tomar, si es necesario con la fuerza, lo que quiere, instrumentalizando a las personas. Mientras tanto, paga los estudios de Laura y su hermana en el colegio de las Hijas de María Auxiliadora y su madre – que sufre la influencia psicológica de Mora – convive con él sin encontrar la fuerza para romper el vínculo. Sin embargo, cuando Mora comienza a mostrar signos de deshonesto interés hacia la misma Laura, y sobre todo cuando esta última emprende el camino de preparación para la Primera Comunión, ella de repente comprende toda la gravedad de la situación. A diferencia de la madre – que justifica un mal (la convivencia) en vista de un bien (la educación de las hijas en el colegio) – Laura entiende que se trata de una argumentación moralmente ilegítima, que pone en grave peligro el alma de la madre. En este período, además, Laura quisiera convertirse ella misma en hermana de María Auxiliadora: pero su solicitud es rechazada, porque es hija de una «concubina pública». Y es en este punto que precisamente en Laura – acogida en el colegio cuando en

ella dominaban aún «impulsividad, facilidad de resentimiento, irritabilidad, impaciencia y propensión a aparecer» – se manifiesta un cambio que solo la Gracia, unida al compromiso de la persona, puede operar: pide a Dios la conversión de la madre, ofreciéndose a sí misma por ella. En ese momento, Laura no puede moverse ni “hacia adelante” (ingresando entre las Hijas de María Auxiliadora) ni “hacia atrás” (regresando con la madre y Mora). Con un gesto entonces cargado de la creatividad típica de los santos, Laura emprende el único camino que aún le es accesible: el de la altura y la profundidad. En los propósitos de la Primera Comunión había anotado:

Propongo hacer cuanto sé y puedo para [...] reparar las ofensas que ustedes, Señor, reciben cada día de los hombres, especialmente de las personas de mi familia; Dios mío, dame una vida de amor, de mortificación y de sacrificio.

Ahora finaliza el propósito en “Acto de ofrecimiento”, que incluye el sacrificio de la vida misma. El confesor, reconociendo que la inspiración es de Dios, pero ignorando las consecuencias, consiente, y confirma que Laura es «consciente de la oferta que acaba de realizar». Ella vive los últimos dos años con silencio, alegría y sonrisa y una índole rica de calor humano. Y, sin embargo, la mirada que posa sobre el mundo – como confirma un retrato fotográfico, muy diferente de la estilización hagiográfica conocida – también dice toda la sufrida conciencia y el dolor que la habitan. En una situación donde le falta tanto la “libertad de” (condicionamientos, obstáculos, fatigas), como la “libertad para” hacer tantas cosas, esta preadolescente testimonia la “libertad para”: la del don total de sí misma.

Laura no desprecia, sino que ama la vida: la suya y la de su madre. Por eso se ofrece. El 13 de abril de 1902, Domingo del Buen Pastor, se pregunta: «Si Él da la vida... ¿qué me impide a mí por la mamá?». Moribunda, añade: «¡Mamá, yo muero, yo misma se lo he pedido a Jesús... hace casi dos años que le ofrecí la vida por ti..., para obtener la gracia de tu

regreso!».

Estas son palabras libres de arrepentimiento y reproche, pero cargadas de una gran fuerza, una gran esperanza y una gran fe. Laura ha aprendido a aceptar a su madre por lo que es. De hecho, se ofrece a sí misma para darle lo que ella sola no puede conseguir. Cuando Laura muere, la madre se convierte. Laurita de los Andes, la hija, ha contribuido así a generar a la madre en la vida de fe y gracia.

4. Carlo Braga y la sombra de la madre

También Carlo Braga, que nace dos años antes que Laura, en 1889, está marcado por la fragilidad de su madre: cuando su marido la abandona a ella y a los hijos, Matilde «casi no comía y se deterioraba a vista de ojo». Llevada entonces a Como, muere allí cuatro años más tarde de tuberculosis, aunque todos están convencidos de que la depresión se había transformado en una verdadera locura. Carlo comienza a ser «compadecido como el hijo de un inconsciente [el padre] y de una madre infeliz». Sin embargo, tres acontecimientos providenciales lo socorren.

Del primero, ocurrido cuando era muy pequeño, redescubre más tarde el sentido: había caído en el hogar y su madre Matilde, al rescatarlo, lo había consagrado en ese instante a la Virgen. Así, el pensamiento de la madre ausente se convierte para Carlo niño en «un recuerdo doloroso y consolador a la vez»: dolor por su ausencia; pero también la certeza de que ella lo había confiado a la Madre de todas las madres, María Santísima. Escribe don Braga, años después, a un hermano salesiano conmovido por la pérdida de su propia madre:

Ahora la madre te pertenece mucho más que cuando estaba viva. Déjame que te hable de mi experiencia personal. Mi madre me dejó cuando tenía seis años [...]. Pero debo confesarte que ella me siguió paso a paso y, cuando lloraba desolado al murmullo del río Adda, mientras, pastorcillo, me sentía llamado a una vocación más alta, me parecía que la Mamá me sonreía y me secaba las lágrimas.

Carlo luego conoce a sor Giuditta Torelli, una Hija de María Auxiliadora que «salvó al pequeño Carlo de la desintegración de su personalidad cuando a los nueve años se dio cuenta de que era tolerado y oyó a veces a la gente decir sobre él: “Pobre niño, ¿por qué está en el mundo?”». De hecho, había quienes sostenían que su padre merecía ser fusilado por la traición del abandono y, en cuanto a la madre, muchos compañeros de escuela le replican: «Tú cállate, total tu madre era una loca». Pero sor Giuditta lo ama o lo ayuda de manera especial; posa sobre él una mirada “nueva”; además, cree en su vocación y la alienta.

Entrado entonces en el colegio salesiano de Sondrio, Carlo vive la tercera y decisiva experiencia: conoce a don Rua, de quien tiene el honor de ser el pequeño secretario por un día. Don Rua sonrío a Carlo y, repitiendo el gesto que Don Bosco había realizado en su momento con él («Miguelito, tú y yo siempre haremos todo a medias»), «mete su mano dentro de la suya y le dice: “siempre seremos amigos”»: si sor Giuditta había creído en la vocación de Carlo, don Rua ahora le permite realizarla, «haciéndolo pasar por encima de todos los obstáculos». Ciertamente, a Carlo Braga no le faltarán dificultades en cada etapa de su vida – de novicio, clérigo, incluso inspector –, concretándose en aplazamientos prudenciales y asumiendo a veces la forma de maledicencia: pero él ya habrá aprendido a enfrentarlas. Mientras tanto, se convierte en un hombre capaz de irradiar una extraordinaria alegría, humilde, activo y de delicada ironía: todas características que dicen del equilibrio de la persona y su sentido de la realidad. Bajo la acción del Espíritu Santo, don Braga desarrolla él mismo una radiante paternidad, a la que se une una gran ternura por los jóvenes a su cargo. Don Braga redescubre el amor por su propio papá, lo perdona y emprende un viaje para reconciliarse con él. Se somete a fatigas sin número para estar siempre entre sus Salesianos y chicos. Se define como aquel que ha sido «puesto en la viña para hacer de palo», es decir, en la sombra, pero para el bien de los demás. Un padre, al confiarle su hijo como aspirante salesiano, dice:

«¡Con un hombre así te dejo ir incluso al Polo Norte!». Don Carlo no se escandaliza de las necesidades de los hijos, sino que los educa a manifestarlas, a aumentar el deseo: «¿Necesitas algún libro? No tengas miedo, escribe una lista más larga». Sobre todo, don Carlo ha aprendido a posarse sobre los demás con esa mirada de amor de la que él mismo se sintió alcanzado en su momento gracias a sor Giuditta y don Rua. Testifica don Giuseppe Zen, hoy cardenal, en un largo pasaje que merece ser leído en su totalidad y que comienza con las palabras de su propia madre a don Braga:

«Mire, Padre, este chico ya no es tan bueno. Quizás no sea adecuado para ser aceptado en este instituto. No quisiera que usted fuera engañado. ¡Ah, si supiera cómo me ha hecho desesperar en este último año! No sabía realmente qué hacer. Y si también aquí me hará desesperar, dígame, que iré a recogerlo de inmediato». Don Braga, en lugar de responder, me miraba a los ojos; yo también lo miraba, pero con la cabeza baja. Me sentía como un imputado acusado por el Fiscal, en lugar de defendido por su abogado. Pero el juez estaba de mi lado. Con la mirada me entendió profundamente, de inmediato y mejor que todas las explicaciones de mi madre. Él mismo, escribiéndome muchos años más tarde, se aplicaba las palabras del Evangelio: «*Intuitus dilexit eum* (“mirándolo lo amó”)». Y desde ese día no tuve más dudas sobre mi vocación.

5. Anna María Lozano Díaz y la fecunda enfermedad del padre

Los padres de Laura y de Carlo se habían – a diversos títulos – revelado como “lejanos” y “ausentes”. Una última figura, la de Anna María, atestigua en cambio el dinamismo opuesto: el de un padre *demasiado* presente, que con su presencia abre a la hija un nuevo camino de santificación. Anna nace el 24 de septiembre de 1883 en Oicatà, Colombia, en una familia numerosa, caracterizada por la ejemplar vida cristiana de los padres. Cuando Anna es muy joven, el papá – un día, al lavarse – descubre una mancha sospechosa en la pierna. Es la terrible lepra, que logra ocultar durante algún tiempo, pero finalmente se ve obligado a reconocer, aceptando

primero separarse de la familia, y luego reunirse con ella en el lazareto de Agua de Dios. La esposa le había dicho heroicamente: «Tu suerte es la nuestra». Así, los sanos aceptan las condicionantes que les vienen al asumir el ritmo de los enfermos. En este momento, la enfermedad del padre condiciona la libertad de elección de Anna María, obligada a proyectar su vida en el lazareto. Ella, además – como ya había sucedido con Laura – se encuentra imposibilitada para realizar su vocación religiosa a causa de la enfermedad paterna: experimenta entonces, interiormente, esa laceración que la lepra opera en los enfermos. Sin embargo, Anna María no está sola. Como Don Bosco gracias al Calosso, Laura en el confesor y Carlo en don Rua, encuentra un amigo del alma. Es el beato don Luigi Variara, salesiano, que le asegura: «Si tienes vocación religiosa, se realizará», y la involucra en la fundación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, en 1905. Es el primer Instituto en acoger en su interior a leprosos o hijos de leprosos. Cuando la Lozano muere, el 5 de marzo de 1982 a casi 99 años, Madre general durante más de medio siglo, la intuición del salesiano don Variara se ha concretado ya en una experiencia que ha confirmado y reforzado la dimensión victimaria-reparadora del carisma salesiano.

6. Los santos enseñan

En su ineludible diferencia, las vicisitudes de Laura Vicuña (beata), Carlo Braga y Anna María Lozano (siervos de Dios) están unidas por algunos aspectos dignos de nota:

a) Laura, Anna y Carlo, como ya Don Bosco, sufren situaciones de desasosiego y dificultad, a diversos títulos relacionadas con sus padres. No se puede olvidar a Mamá Margarita, que se ve obligada a alejar a Juancito de casa cuando la ausencia de la autoridad paterna facilita la confrontación con el hermano Antonio; ni olvidar que Laura fue acosada por el Mora y rechazada por las Hijas de María Auxiliadora como su aspirante; que Carlo Braga sufrió incomprendimientos y calumnias; o que la lepra del padre parece

en un momento dado arrebatando a Anna María toda esperanza de futuro.

Una familia a diversos títulos herida causa por lo tanto un *daño objetivo* a quienes forman parte de ella: desconocer o intentar reducir la magnitud de este daño sería una empresa tan ilusoria como injusta. A cada sufrimiento se asocia de hecho un elemento de pérdida que los “santos”, con su realismo, interceptan y aprenden a nombrar.

b) Juancito, Laura, Anna María y Carlo realizan en este punto un segundo paso, más arduo que el primero: en lugar de sufrir pasivamente la situación, o de gemir sobre ella, se acercan con una mayor conciencia al problema. Además de un vivo realismo, atestiguan la capacidad, típica de los santos, de reaccionar con prontitud, evitando el repliegue autorreferencial. Se dilatan en el don, e insertan este don en las condiciones concretas de vida. Al hacerlo, unen el «*da mihi animas*» al «*caetera tolle*».

c) Los límites y las heridas, así, nunca son removidos: pero siempre reconocidos y nombrados; incluso, son “*habitadas*”. También la beata Alexandrina María da Costa y el siervo de Dios Nino Baglieri, el venerable Andrea Beltrami y el beato Augusto Czaratoryski, “alcanzados” por el Señor en las condiciones invalidantes de su enfermedad, el beato Tito Zeman, el venerable José Vandor y el siervo de Dios Ignacio Stuchlý – parte de vicisitudes históricas más grandes que ellos y que parecen sobrepasarlos – enseñan el difícil arte de permanecer en las dificultades y permitir al Señor hacer florecer a la persona en ellas. ¡La libertad de elección asume aquí la forma altísima de una libertad de adhesión, en el «*fiat!*».

Nota Bibliográfica:

Para preservar el carácter de “testimonio” y no de “relación” de este escrito, se ha evitado un aparato crítico de notas. Se señala sin embargo que las citas presentes en el texto son extraídas de las Memorias del Oratorio del Sac. Juan

Bosco; de María Dosio, Laura Vicuña. Un camino de santidad juvenil salesiana, LAS, Roma 2004; de Don Carlo Braga cuenta su experiencia misionera y pedagógica (testimonio autobiográfico del siervo de Dios) y de la Vida de Don Carlo Braga, “El Don Bosco de China”, escrita por el salesiano don Mario Rassiga y hoy disponible en copiadados. A estas fuentes se añaden luego los materiales de los Procesos de beatificación y canonización, accesibles para Don Bosco y Laura, aún reservados para los siervos de Dios.

Perfil virtuoso de Andrea Beltrami (2/2)

[*\(continuación del artículo anterior\)*](#)

3. Historia de un alma

3.1. Amar y sufrir

Don Barberis esboza muy bien la parábola existencial de Beltrami, leyendo en ella la acción misteriosa y transformadora de la gracia actuando “a través de las principales condiciones de la vida salesiana, para que fuera un modelo general de alumno, clérigo, profesor, universitario, sacerdote, escritor, enfermo; un modelo en todas las virtudes, en la paciencia como en la caridad, en el amor a la penitencia como en el celo”. Y es interesante que el propio don Barberis, al introducir la segunda parte de su biografía que trata de las virtudes de don Beltrami, afirme: “Podría decirse que la vida de nuestro don Beltrami es la historia de un alma más que la historia de una persona. Es todo intrínseco; y hago todo lo posible para que el querido lector penetre en esa alma, para que admire sus carismas celestiales”. La referencia a “la

historia de un alma" no es casual, no sólo porque don Beltrami es contemporáneo de la Santa de Lisieux, sino que podemos decir que son verdaderamente hermanos en el espíritu que les animaba. El celo apostólico por la salvación es más auténtico y fecundo en quienes han experimentado la salvación y, habiéndose encontrado salvados por la gracia, viven su vida como un puro don de amor a sus hermanos, para que también ellos sean alcanzados por el amor redentor de Jesús. "Toda la vida, en verdad, de nuestro don Andrea podría resumirse en dos palabras, que forman su tarjeta o división: Amar y sufrir – Amar y sufrir. Amor el más tierno, el más ardiente y, diría también, el más celoso posible hacia ese bien, en el que se concentra todo el bien. El Dolor el más vivo, el más agudo, el más penetrante de sus pecados, y a la contemplación de ese bien supremo, que para nosotros se rebajó a la locura, a los dolores y a la muerte de la Cruz. De aquí nació en él un afán febril por el sufrimiento, del que, cuanto más abundaba, más deseo sentía: de aquí vino de nuevo ese gusto, esa voluptuosidad inefable en el sufrimiento, que es el secreto de los santos, y una de las maravillas más sublimes de la Iglesia de Jesucristo".

"Y como en el Sagrado Corazón de Jesús, ardiente de llamas y coronado de espinas, encuentran pasto tan abundante y tan admirablemente proporcionado estos afectos de amor y de dolor, así, desde el primer instante en que conoció esta devoción, hasta el último de su vida, su corazón fue como un jarrón de aromas elegidos que ardía siempre ante aquel divino corazón, y transmitía el perfume del incienso y de la mirra, del amor y del dolor". "Obtener del Corazón de Jesús la anhelada gracia de vivir largos años para sufrir y expiar mis pecados. No morir, sino vivir para sufrir, pero siempre sometida a la voluntad de Dios. Así podré saciar esta sed. ¡Es tan hermoso, tan dulce sufrir cuando Dios ayuda y da paciencia!". Estos textos son una síntesis de la espiritualidad victimal de don Beltrami, que, en la perspectiva de la devoción al Sagrado Corazón, tan querida por la espiritualidad del siglo XIX y por el propio Don Bosco,

supera cualquier lectura dolorosa o, peor aún, un cierto masoquismo espiritualista. De hecho, fue también gracias a Don Beltrami que Don Rua consagró oficialmente la Congregación Salesiana al Sagrado Corazón de Jesús en la última noche del siglo XIX.

3.2. Tras el rastro de la Santa de Lisieux

La brevedad de la vida cronológica se ve compensada por la sorprendente riqueza del testimonio de una vida virtuosa, que en poco tiempo expresó un intenso fervor espiritual y una singular lucha por la perfección evangélica. No es insignificante que el Venerable Beltrami cerrara su existencia exactamente tres meses después de la muerte de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, que fue proclamada Doctora de la Iglesia por Juan Pablo II por la eminente Ciencia del Amor Divino que la distinguió. A través de «Historia de un alma» emerge la biografía interior de una vida que, modelada por el Espíritu en el jardín del Carmelo, floreció con frutos de santidad y fecundidad apostólica para la Iglesia universal, hasta el punto de que en 1927 fue proclamada Patrona de las Misiones por Pío XI. Don Beltrami también murió como Santa Teresina de tuberculosis, pero ambos, en las efusiones de sangre que les llevaron rápidamente al final, no vieron tanto el desgaste de un cuerpo y el menguar de las fuerzas, sino que captaron una vocación particular a vivir en comunión con Jesucristo, que les asimilaba a su sacrificio de amor por el bien de sus hermanos. El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, Santa Teresa del Niño Jesús se ofreció como víctima del holocausto al Amor misericordioso de Dios. El 3 de abril del año siguiente, en la noche entre el Jueves Santo y el Viernes Santo, tuvo una primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte. Teresa la recibe como una visita misteriosa del Esposo divino. Al mismo tiempo entra en la prueba de la fe, que durará hasta su muerte. Al deteriorarse su salud, fue trasladada a la enfermería a partir del 8 de julio de 1897. Sus hermanas y otras religiosas recogieron sus palabras,

mientras los dolores y las pruebas, soportados con paciencia, se intensificaban hasta culminar en su muerte la tarde del 30 de septiembre de 1897. "No muero, entro en la vida", había escrito a su hermano espiritual, el padre Bellière. Sus últimas palabras "Dios mío, te amo" son el sello de su existencia.

Hasta el final de su vida, también don Beltrami sería fiel a su ofrenda de víctima, como escribió unos días antes de su muerte a su maestro de noviciado: "Rezo siempre y me ofrezco como víctima por la Congregación, por todos los Superiores y hermanos y especialmente por estas casas de noviciado, que contienen las esperanzas de nuestra piadosa Sociedad".

4. Espiritualidad de víctima

Don Beltrami relaciona también con esta espiritualidad de víctima, un grado sublime de caridad: "Nadie tiene amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Esto no sólo significa el gesto extremo y supremo de la entrega física de la propia vida por otro, sino la vida entera del individuo orientada al bien de otro. Se sintió llamado a esta vocación: "Hay muchos -añadió-, incluso entre nosotros, los Salesianos, que trabajan mucho y hacen un gran bien; pero no hay tantos que realmente amen sufrir y quieran sufrir mucho por el Señor: yo quiero ser uno de ellos". Precisamente porque no es algo codiciado por la mayoría, en consecuencia, tampoco se comprende. Pero esto no es nada nuevo. Incluso Jesús, cuando habló a los discípulos de su Pascua, de su subida a Jerusalén, se encontró con la incomprensión, y el propio Pedro le apartó de ello. En la hora suprema, sus «amigos» le traicionaron, le negaron y le abandonaron. Sin embargo, la obra de la redención sólo se realizó y se realiza mediante el misterio de la cruz y la ofrenda que Jesús hace de sí mismo al Padre como víctima de expiación, uniendo a su sacrificio a todos los que aceptan compartir sus sufrimientos por la salvación de sus hermanos. La verdad de la ofrenda de Beltrami reside en la fecundidad

que ofrece su vida santa. De hecho, dio eficacia a sus palabras apoyando en particular a sus hermanos en su vocación, estimulándolos a aceptar con espíritu de sacrificio las pruebas de la vida en fidelidad a la vocación salesiana. Don Bosco, en las Constituciones primitivas, presentaba al Salesiano como aquel que “está dispuesto a soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, el trabajo y el desprecio, siempre que se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas”.

La misma enfermedad llevó a don Beltrami tanto a una tisis progresiva como a un aislamiento forzoso, que dejaron intactas sus facultades perceptivas e intelectuales, es más, casi las refinaron con la cuchilla del dolor. Sólo la gracia de la fe le permitió abrazar aquella condición que día a día le asimilaba más y más a Cristo crucificado y que una estatua del *Eccehomo*, de un realismo chocante que le repugnaba, querida por él en su habitación, le recordaba constantemente. La fe era la regla de su vida, la clave para comprender a las personas y las diferentes situaciones; a la luz de la fe consideraba sus propios sufrimientos como gracias de Dios, y junto con el aniversario de su profesión religiosa y de su ordenación sacerdotal, celebraba el del comienzo de su grave enfermedad, que creía que había comenzado el 20 de febrero de 1891. En esta ocasión recitó de corazón el *TeDeum* por haberle sido concedido por el Señor sufrir por él. Meditaba y cultivaba una viva devoción a la Pasión de Cristo y a Jesús Crucificado: “Gran devoción, de la que puede decirse que informó toda la vida del siervo de Dios... Éste era el tema casi continuo de sus meditaciones. Siempre tenía un crucifijo delante de los ojos y sobre todo en las manos... que besaba de vez en cuando con entusiasmo”.

Tras su muerte, se encontró colgado de su cuello un monedero, con el crucifijo y la medalla de María Auxiliadora, que contenía algunos papeles: oraciones en recuerdo de su ordenación; un mapa en el que estaban dibujados los cinco continentes, para recordar siempre al Señor a los misioneros esparcidos por el mundo; y algunas oraciones con

las que se hacía formalmente víctima del Sagrado Corazón de Jesús, especialmente por los moribundos, por las almas del purgatorio, por la prosperidad de la Congregación y de la Iglesia. Estas oraciones, en las que el pensamiento predominante se hacía eco de la súplica de Pablo "*Opto ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis*" (Yo mismo desearía ser anatema, separado de Cristo, por el bien de mis hermanos), fueron firmadas por él con su propia sangre y aprobadas por su director, el P. Luigi Piscetta, el 15 de noviembre de 1895.

5. ¿Es actual el P. Beltrami?

La pregunta, no ociosa, ya fue planteada por los jóvenes hermanos del Estudiantado Teológico Internacional de Turín-Crocetta cuando, en 1948, con ocasión del 50 aniversario de la muerte del Venerable don Beltrami, organizaron una jornada conmemorativa. Desde las primeras líneas del folleto que recogía los discursos pronunciados en aquella ocasión, uno se pregunta qué tenía que ver el testimonio de Beltrami con la vida salesiana, una vida de apostolado y de acción. Pues bien, tras recordar cómo fue ejemplar en los años en que pudo lanzarse a la labor apostólica, también fue salesiano al aceptar el dolor cuando éste parecía aplastar una carrera y un futuro tan brillante y fructíferamente emprendidos. Porque fue allí donde el P. Andrés reveló una profundidad de sentimientos salesianos y una riqueza de entrega que antes, en el trabajo, podían tomarse por una audacia juvenil, un impulso a actuar, una riqueza de dones, algo normal, ordinario, en definitiva. Lo extraordinario comienza, o mejor dicho, se revela en y a través de la enfermedad. Don Andrea, segregado, excluido ya para siempre de la enseñanza, de la vida fraterna de colaboración con sus hermanos y de la gran empresa de Don Bosco, se sintió abocado a un nuevo camino solitario, quizá repugnante para sus hermanos; ciertamente repugnante para la naturaleza humana, tanto más para la suya, itan rica y exuberante! Don Beltrami aceptó este camino y lo emprendió con espíritu salesiano: "salesianamente".

Llama la atención que se afirme que don Beltrami inauguró en cierto modo un nuevo camino en la estela trazada por Don Bosco, una llamada especial a iluminar el núcleo profundo de la vocación salesiana y el verdadero dinamismo de la caridad pastoral: "Necesitamos tener lo que él tenía en su corazón, lo que él vivía profundamente en lo más íntimo de su ser. Sin esa riqueza interior, nuestra acción sería vana; el P. Beltrami podría reprocharnos nuestra vida vana, diciendo con Pablo: *"nos quasi morientes, et ecce: vivimos"*. Él mismo era consciente de que había iniciado un nuevo camino, como atestiguó su hermano Giuseppe: "A mitad de la lección intentó convencerme de la necesidad de seguir su camino, y yo, al no pensar como él, me opuse, y él sufrió". Este sufrimiento vivido en la fe fue verdaderamente fecundo apostólica y vocacionalmente: "Fue una manifestación de la nueva y original concepción salesiana querida y puesta en práctica por él, de un dolor físico y moral, activo, productivo, incluso materialmente, para la salvación de las almas".

También hay que decir que, bien debido a un cierto clima espiritual un tanto pietista, o quizá más inconscientemente para no provocar demasiado con su testimonio, con el tiempo se fue arraigando una cierta interpretación que poco a poco condujo, también debido a los grandes cambios que se produjeron, al olvido. Expresión de este proceso son, por ejemplo, los cuadros que le reproducen, que a quienes le conocieron, como don Eugenio Ceria, no les gustaban mucho, porque le recordaban jovial, con un aspecto abierto que inspiraba confianza y seguridad a quienes se acercaban a él. El P. Ceria recuerda también que, ya durante sus años en Foglizzo, don Beltrami vivía una intensa vida interior, una profunda e impetuosa unión con Dios, alimentada por la meditación y la comunión eucarística, hasta tal punto que incluso en pleno invierno, con temperaturas bajo cero, no llevaba abrigo y mantenía abierta la ventana, por lo que le llamaban "oso blanco".

5.1. Testimonio de unión con Dios

Este espíritu de sacrificio le hizo madurar una profunda unión con Dios: "Su oración consistía en estar continuamente en presencia de Dios, con la mirada fija en el Tabernáculo y desahogándose ante el Señor con continuas jaculatorias y aspiraciones afectuosas. Su meditación podría decirse que era continua... le penetraba tanto que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, y penetraba tanto en el sujeto que le oí decirme en confianza que generalmente llegaba a comprender tan bien los misterios que meditaba que le parecía verlos como si aparecieran ante sus ojos". Esta unión se significaba y realizaba de modo especial en la celebración de la Eucaristía, cuando cesaban como por arte de magia todos los dolores y toses, traducidos en una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, sobre todo aceptando el sufrimiento: "Consideraba el apostolado de los sufrimientos y de las aflicciones como no menos fecundo que el de la vida más activa; y mientras otros habrían dicho que ocupaba suficientemente aquellos no cortos años en el sufrimiento, él santificaba el sufrimiento ofreciéndolo al Señor y conformándose a la voluntad divina de manera tan general que no sólo se resignaba a él, sino que se contentaba con él".

La petición hecha por el propio Venerable al Señor tiene un valor considerable, como se desprende de varias cartas y, en particular, de la dirigida a su primer director de Lanzo, don Giuseppe Scappini, escrita poco más de un mes antes de su muerte: "No te aflijas, mi dulcísimo padre en Jesucristo, por mi enfermedad; al contrario, alégrate en el Señor. Yo mismo se lo pedí al Buen Dios, para tener la oportunidad de expiar mis pecados en este mundo, donde el Purgatorio se hace con méritos. En verdad no pedí esta enfermedad, pues no tenía idea de ella, pero pedí mucho que sufrir, y el Señor me lo ha concedido. Bendito seas por siempre; y ayúdame a llevar siempre la Cruz con alegría. Créeme, en medio de mis penas, soy feliz con una felicidad plena y cumplida, de modo que me río, cuando me dan el pésame y desean mi recuperación".

5.2. Saber sufrir

“Saber sufrir”: para la propia santificación, para la expiación y para el apostolado. Celebró el aniversario de su propia enfermedad: “El 20 de febrero es el aniversario de mi enfermedad: y lo celebro, como un día bendecido por Dios; un día bendito, lleno de alegría, entre los días más hermosos de mi vida”. Quizás el testimonio de don Beltrami confirma la afirmación de Don Bosco “de Beltrami sólo hay uno”, como para indicar la originalidad de la santidad de este hijo suyo al haber experimentado y hecho visible el núcleo secreto de la santidad apostólica salesiana. Don Beltrami expresa la necesidad de que la misión salesiana no caiga en la trampa de un activismo y una exterioridad que con el tiempo conducirían a un destino fatal de muerte, sino que conserve y cultive el núcleo secreto que expresa a la vez profundidad y amplitud de horizonte. Traducciones concretas de este cuidado de la interioridad y de la profundidad espiritual son: la fidelidad a la vida de oración, la preparación seria y competente para la propia misión, especialmente para el ministerio sacerdotal, la lucha contra la negligencia y la ignorancia culpable; el uso responsable del tiempo.

Más profundamente, el testimonio de don Beltrami nos dice que no se vive de glorias pasadas ni de rentas vitalicias, sino que cada hermano y cada generación deben hacer fructificar el don recibido y saber transmitirlo de forma fiel y creativa a las generaciones futuras. La interrupción de esta cadena virtuosa será fuente de daños y ruina. Saber sufrir es un secreto que da fecundidad a toda empresa apostólica. El espíritu de ofrenda de víctima de don Beltrami está admirablemente asociado a su ministerio sacerdotal, para el que se preparó con gran responsabilidad y que vivió en forma de una singular comunión con Cristo inmolado por la salvación de sus hermanos y hermanas: en la lucha y mortificación contra las pasiones de la carne; en la renuncia a los ideales de un apostolado activo que siempre había deseado; en la sed insaciable de sufrimiento; en la aspiración a ofrecerse como víctima por la salvación de sus

hermanos y hermanas. Por ejemplo, para la Congregación además de la oración y el ofrecimiento nominativo por varios hermanos, teniendo en sus manos el catálogo de la Congregación, casas y misiones, pedía la gracia de la perseverancia y el celo, la conservación del espíritu de Don Bosco y su método educativo. Uno de los libros escritos sobre él lleva significativamente el título de "*Lapassifloraseráfica*", que significa "flor de la pasión", nombre que le dieron los misioneros jesuitas en 1610, debido a la similitud de algunas partes de la planta con los símbolos religiosos de la pasión de Cristo: los zarcillos el látigo con el que fue flagelado; los tres estilos los clavos; los estambres el martillo; los rayos corolíneos la corona de espinas. Autorizada es la opinión de Don Nazareno Camilleri, un alma profundamente espiritual: "Don Beltrami nos parece que representa eminentemente, hoy, el ansia divina de la "santificación del sufrimiento" para la fecundidad social, apostólica y misionera, mediante el entusiasmo heroico de la Cruz, de la Redención de Cristo en medio de la humanidad".

5.3 Paso del testigo

En Valsalice, don Andrea fue un ejemplo para todos: un joven clérigo, Luigi Variara, lo eligió como modelo de vida: se hizo sacerdote y misionero salesiano en Colombia y fundó, inspirado por don Beltrami, la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Nacido en Viarigi (Asti) en 1875, Luigi Variara fue llevado a los 11 años a Turín-Valdocco por su padre. Ingresó en el noviciado el 17 de agosto de 1891 y lo completó emitiendo los votos perpetuos. Después se trasladó a Turín-Valsalice para estudiar filosofía. Allí conoció al Venerable Andrea Beltrami. Don Variara se inspirará en él cuando más tarde en *Agua de Dios* (Colombia) proponga la "consagración victimal" a sus Hijas de los Sagrados Corazones.

Fin

Navidad 2024

Deseamos a todos nuestros lectores una Santa Navidad, enriquecida con las bendiciones del Señor, y un feliz Año Nuevo con paz y serenidad.

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (13/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Gracias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora.

I. Gracia recibida de María Auxiliadora.

Corría el año de Nuestro Señor de 1866, cuando en el mes de octubre mi esposa fue atacada por una gravísima enfermedad, es decir, por una gran inflamación unida a un gran estreñimiento, y con parásitos. En esta dolorosa coyuntura, se recurrió en primer lugar a los expertos en la materia, que no tardaron en declarar que la enfermedad era muy peligrosa. Viendo que la enfermedad se agravaba mucho, y que los remedios humanos de poco o nada servían, sugerí a mi compañera que se encomendase a María Auxiliadora, y que ciertamente le concedería la salud si era necesario para el alma; al mismo tiempo añadí la promesa de que si obtenía la salud, en cuanto estuviese terminada la iglesia que se estaba construyendo en

Turín, nos llevase a las dos a visitarla y hacer alguna oblación. A esta propuesta respondió que podía encomendarse a algún Santuario más cercano para no verse obligada a ir tan lejos; a esta respuesta le dije que no había que fijarse tanto en la comodidad como en la grandeza del beneficio que se esperaba.

Entonces ella se recomendó y prometió lo que se proponía. ¡Oh poder de María! No habían pasado aún 30 minutos desde que había hecho su promesa cuando, al preguntarle cómo se encontraba, me dijo: Estoy mucho mejor, mi mente está más libre, mi estómago ya no está oprimido, siento antojo de hielo, que antes tanto me apetecía, y tengo más necesidad de caldo, que antes tanto me apetecía.

A estas palabras me sentí nacer a una nueva vida, y si no hubiera sido de noche, habría salido inmediatamente de mi habitación para publicar la gracia recibida de la Santísima Virgen María. El hecho es que pasó la noche tranquilamente, y a la mañana siguiente apareció el médico y la declaró libre de todo peligro. ¿Quién la curó sino María Auxiliadora? De hecho, a los pocos días abandonó la cama y se dedicó a las tareas domésticas. Ahora esperamos ansiosamente la terminación de la iglesia dedicada a ella, y cumplir así la promesa hecha.

He escrito esto, como humilde hijo de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, y deseo que se le dé toda la publicidad que se juzgue buena para mayor gloria de Dios y de la augusta Madre del Salvador.

COSTAMAGNA Luigi
de Caramagna.

II. María Auxiliadora Protectora del campo.

Mornese es un pequeño pueblo de la diócesis de Acqui, provincia de Alessandria, de unos mil habitantes. Este pueblo nuestro, como tantos otros, estaba tristemente asolado por maleza criptógama, que durante más de veinte años había devorado casi toda la cosecha de uva, nuestra principal

riqueza. Ya habíamos recurrido a otros y otros específicos para conjurar ese mal, pero en vano. Cuando corrió la voz de que algunos campesinos de los pueblos vecinos habían prometido una parte del fruto de sus viñedos para la continuación de las obras de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Turín, se vieron maravillosamente favorecidos y tuvieron uvas en abundancia. Movidos por la esperanza de una mejor cosecha y aún más animados por el pensamiento de contribuir a una obra de religión, los Mornesini decidimos ofrecer la décima parte de nuestra cosecha para este fin. La protección de la Santísima Virgen se hizo sentir entre nosotros de un modo verdaderamente misericordioso. Tuvimos la abundancia de tiempos más felices, y nos sentimos muy felices de poder ofrecer escrupulosamente en especie o en dinero lo que habíamos prometido. En la ocasión en que el jefe de obras de aquella iglesia invitada vino entre nosotros para recoger las ofrendas, se produjo una fiesta de verdadera alegría y exultación pública.

Parecía profundamente conmovido por la prontitud y el desinterés con que se hacían las ofrendas, y por las palabras cristianas con que iban acompañadas. Pero uno de nuestros patriotas, en nombre de todos, habló en voz alta de lo que estaba ocurriendo. Nosotros, dijo, debemos grandes cosas a la Santísima Virgen Auxiliadora. El año pasado, muchas personas de este país, al tener que ir a la guerra, se pusieron todas bajo la protección de María Auxiliadora, la mayoría con una medalla al cuello, fueron valientemente, y tuvieron que afrontar los más graves peligros, pero ninguna cayó víctima de ese azote del Señor. Además, en los países vecinos hubo una plaga de cólera, granizo y sequía, y nosotros nos libramos de todo. Apenas hubo cosechas de nuestros vecinos, y nosotros fuimos bendecidos con tal abundancia que no se había visto en veinte años. Por estas razones nos alegramos de poder manifestar de este modo nuestra indeleble gratitud a la gran Protectora de la humanidad.

Creo ser fiel intérprete de mis conciudadanos al afirmar que lo que hemos hecho ahora, lo haremos también en el

futuro, convencidos de que así nos haremos cada vez más dignos de las bendiciones celestiales.

25 de marzo de 1868

Un habitante de Mornese.

III. Pronta recuperación.

El joven Bonetti Giovanni de Asti en el internado de Lanzo tuvo el siguiente favor. La tarde del 23 de diciembre pasado, entró de repente en la habitación del director con pasos inseguros y rostro angustiado. Se acercó a él, apoyó su persona contra la del piadoso sacerdote y con la mano derecha arrugó la frente sin decir palabra. Asombrado al verle tan convulso, le sostiene y, sentándole, le pregunta qué desea. A las repetidas preguntas el pobrecito sólo respondía con suspiros cada vez más agobiados y profundos. Entonces le miró más de cerca a la frente, y vio que sus ojos estaban inmóviles, sus labios pálidos, y su cuerpo al dejar que el peso de su cabeza amenazara con caer. Viendo entonces en qué peligro de vida se encontraba el joven, mandó llamar rápidamente a un médico. Mientras tanto, la enfermedad se agravaba a cada momento que pasaba, su fisonomía había tomado un aspecto falso y ya no parecía el mismo de antes, sus brazos, piernas y frente estaban helados, la flema le asfixiaba, su respiración se hacía cada vez más corta y sus muñecas sólo se podían sentir ligeramente. Duró en este estado cinco dolorosas horas.

Llegó el médico, le aplicó varios remedios, pero siempre en vano. Se acabó, dijo el médico con tristeza, antes de la mañana este joven estará muerto.

Así, desafiando las esperanzas humanas, el buen sacerdote se dirigió al cielo, rogándole que si no era su voluntad que el joven viviera, al menos le concediera un poco de tiempo para confesarse y comulgar. Tomó entonces una pequeña medalla de María Auxiliadora. Las gracias que ya había obtenido invocando a la Virgen con aquella medalla eran muchas, y aumentaban su esperanza de obtener ayuda de la

celestial Protectora. Lleno de confianza en Ella, se arrodilló, se puso la medalla en el corazón y, junto con otras personas piadosas que habían acudido, rezó algunas oraciones a María y al Santísimo Sacramento. Y María escuchaba con tanta confianza las oraciones que le elevaban. La respiración del pequeño Juan se hizo más libre, y sus ojos, que habían estado como petrificados, se volvieron cariñosamente para mirar y agradecer a los espectadores el cuidado compasivo que le estaban dando. La mejoría no tardó en llegar, es más, todos consideraron segura la curación. El propio médico, asombrado por lo ocurrido, exclamó: Ha sido la gracia de Dios la que ha obrado la salud. En mi larga carrera he visto un gran número de enfermos y moribundos, pero a ninguno de los que estaban en el punto de Bonetti vi recuperarse. Sin la intervención benéfica del cielo, esto es para mí un hecho inexplicable. Y la ciencia, acostumbrada hoy a romper ese admirable lazo que la une a Dios, le rindió humilde homenaje, juzgándose impotente para lograr lo que sólo Dios logró. El joven que fue objeto de la gloria de la Virgen continúa hasta el día de hoy muy y muy bien. Dice y predica a todos que debe su vida doblemente a Dios y a su poderosísima Madre, de cuya válida intercesión obtuvo la gracia. Se consideraría ingrato de corazón si no diese público testimonio de gratitud, y así invitase a otros y otras desgraciados que en este valle de lágrimas sufren y van en busca de consuelo y ayuda.

(Del periódico: *La Virgen*).

IV. María Auxiliadora libera a uno de sus devotos de un fuerte dolor de muelas.

En una casa de educación de Turín se encontraba un joven de 19 o 20 años, que desde hacía varios días sufría un severo dolor en los dientes. Todo lo que el arte médico suele sugerir en tales casos ya había sido utilizado sin éxito. El pobre joven se hallaba, pues, en tal punto de exacerbación, que despertaba la compasión de cuantos le oían. Si el día le parecía horrible, eterna y desgraciadísima era la noche, en la

que sólo podía cerrar los ojos para dormir durante breves e interrumpidos momentos. ¡Qué deplorable era su estado! Continuó así durante algún tiempo; pero en la noche del 29 de abril, la enfermedad pareció volverse furiosa. El joven gemía sin cesar en su lecho, suspiraba y gritaba a voz en cuello sin que nadie pudiera aliviarle. Sus compañeros, preocupados por su desdichado estado, se dirigieron al director para preguntarle si se dignaba venir a consolarlo. Vino, e intentó con palabras devolverle la calma que él y sus compañeros necesitaban para poder descansar. Pero tan grande era la furia del mal, que él, aunque muy obediente, no podía cesar en su lamento; diciendo que no sabía si aún en el mismo infierno se podía sufrir dolor más cruel. El superior pensó entonces bien en ponerlo bajo la protección de María Auxiliadora, a cuyo honor se levanta también un majestuoso templo en esta nuestra ciudad. Todos nos arrodillamos y rezamos una breve oración. Pero, ¿qué? La ayuda de María no se hizo esperar. Cuando el sacerdote impartió la bendición al desolado joven, éste se tranquilizó al instante y cayó en un sueño profundo y plácido. En aquel instante nos asaltó la terrible sospecha de que el pobre joven había sucumbido al mal, pero no, ya se había dormido profundamente, y María había escuchado la oración de su devoto, y Dios la bendición de su ministro.

Pasaron varios meses, y el joven aquejado del dolor de muelas no volvió a sufrirlo.

(Del mismo).

V. Algunas maravillas de María Auxiliadora.

Creo que su noble periódico se fijará bien en algunos de los acontecimientos que han tenido lugar entre nosotros, y que expongo en honor de María Auxiliadora. Seleccionaré sólo algunos de los que he presenciado en esta ciudad, omitiendo muchos otros que se cuentan todos los días.

El primero se refiere a una señora de Milán que desde hacía cinco meses estaba consumida por una pulmonía

unida a una postración total de la economía vital.

Pasando por estas partes, el Sacerdote B... le aconsejó que recurriera a María Auxiliadora, mediante una novena de oración en su honor, con la promesa de alguna oblación para continuar los trabajos de la iglesia que se estaba construyendo en Turín bajo la advocación de María Auxiliadora. Esta oblación sólo debía hacerse una vez obtenida la gracia.

¡Una maravilla que contar! Aquel mismo día, la enferma pudo reanudar sus ocupaciones ordinarias y serias, comiendo toda clase de alimentos, dando paseos, entrando y saliendo libremente de casa, como si nunca hubiera estado enferma. Cuando terminó la novena, se encontraba en un estado de salud florida, como nunca recordaba haber disfrutado antes.

Otra Señora padecía desde hacía tres años una enfermedad palpitante, con muchos inconvenientes que van unidos a esta enfermedad. Pero la llegada de unas fiebres y una especie de hidropesía la habían inmovilizado en la cama. Su enfermedad había llegado a tal punto que cuando el mencionado sacerdote le dio la bendición, su marido tuvo que levantar la mano para que ella pudiera persignarse. También se le recomendó una novena en honor de Jesús Sacramentado y María Auxiliadora, con la promesa de alguna oblación para el citado edificio sagrado, pero después de cumplida la gracia. El mismo día en que terminó la novena, la enferma quedó libre de toda dolencia, y ella misma pudo compilar el relato de su enfermedad, en el que leo lo siguiente:

“María Auxiliadora me ha curado de una enfermedad, para la cual todas las invenciones del arte se consideraban inútiles. Hoy, último día de la novena, estoy libre de toda enfermedad, y voy a la mesa con mi familia, cosa que no había podido hacer durante tres años. Mientras viva, no dejaré de magnificar el poder y la bondad de la augusta Reina del Cielo, y me esforzaré por promover su culto, especialmente en la iglesia que se está construyendo en Turín”.

Permítaseme añadir aún otro hecho más maravilloso que los anteriores.

Un joven en la flor de la vida estaba en medio de una de las carreras más luminosas de las ciencias, cuando le sobrevino una cruel enfermedad en una de sus manos. A pesar de todos los tratamientos, de todas las atenciones de los médicos más acreditados, no se pudo obtener ninguna mejoría, ni detener el progreso de la enfermedad. Todas las conclusiones de los expertos en la materia coincidían en que la amputación era necesaria para evitar la ruina total del cuerpo. Asustado por esta sentencia, decidió recurrir a María Auxiliadora, aplicando los mismos remedios espirituales que otros habían practicado con tanto fruto. La agudeza de los dolores cesó al instante, las heridas se mitigaron y en poco tiempo la curación pareció completa. Quien quisiera satisfacer su curiosidad podía admirar aquella mano con las hendiduras y los agujeros de las llagas cicatrizadas, que recordaban la gravedad de su enfermedad y la maravillosa curación de la misma. Quiso ir a Turín para realizar su oblación en persona, para demostrar aún más su gratitud a la augusta Reina del Cielo.

Todavía tengo muchas otras historias de este tipo, que le contaré en otras cartas, si considera que es material apropiado para su publicación periódica. Le ruego que omita los nombres de las personas a quienes se refieren los hechos, para no exponerlas a preguntas y observaciones importunas. Sin embargo, que estos hechos sirvan para reavivar más y más entre los cristianos la confianza en la protección de María Auxiliadora, para aumentar sus devotos en la tierra y para tener un día una corona más gloriosa de sus devotos en el cielo.

(De *Vera Buona Novella* de Florencia).

Con aprobación eclesiástica.

Fin

Será Santa la Beata María Troncatti, Hija de María Auxiliadora

El 25 de noviembre de 2024, el Santo Padre Francisco ha autorizado al Dicasterio de las Causas de los Santos a promulgar el Decreto relativo al milagro atribuido a la intercesión de la Beata María Troncatti, hermana profesa de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, nacida en Córteno Golgi (Italia) el 16 de febrero de 1883 y fallecida en Sucúa (Ecuador) el 25 de agosto de 1969. Con este acto del Santo Padre se abre el camino a la Canonización de la Beata María Troncatti.

María Troncatti nace en Corteno Golgi (Brescia) el 16 de febrero de 1883. Asidua a la catequesis parroquial y a los sacramentos, la adolescente María madura un profundo sentido cristiano que la abre a la vocación religiosa. En Corteno llega el Boletín Salesiano y María piensa en la vocación religiosa. Sin embargo, por obediencia a su padre y al párroco, espera a ser mayor de edad antes de pedir la admisión al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Emite la primera profesión en 1908 en Niza Monferrato. Durante la Primera Guerra Mundial (1915-1918), la hermana María sigue en Varazze cursos de asistencia sanitaria y trabaja como enfermera de la Cruz Roja en el hospital militar. Durante una inundación en la que corre el riesgo de morir ahogada, María promete a la Virgen que si le salva la vida, se irá a las misiones.

La Madre General, Caterina Daghero, la destina en 1922 a las misiones de Ecuador. Permanece tres años en Chunchi.

Acompañadas por el Obispo misionero Mons. Comin y por una pequeña expedición, la hermana María y otras dos hermanas se adentran en la selva amazónica. Su campo de misión es la tierra de los indios Shuar, en la parte sudoriental de Ecuador. Se establecen en Macas, un pueblo de colonos rodeado por las viviendas colectivas de los Shuar. Lleva a cabo con sus hermanas un difícil trabajo de evangelización en medio de riesgos de todo tipo, incluidos los causados por los animales de la selva y las trampas de los ríos turbulentos. Macas, Sevilla Don Bosco, Sucúa son algunos de los "milagros" que aún florecen de la acción de la hermana María Troncatti: enfermera, cirujana y ortopedista, dentista y anestesista... Pero sobre todo catequista y evangelizadora, rica en maravillosos recursos de fe, paciencia y amor fraterno. Su obra por la promoción de la mujer shuar florece en cientos de nuevas familias cristianas, formadas por primera vez por la libre elección personal de los jóvenes esposos. Es apodada "la médica de la Selva", lucha por la promoción humana, especialmente de la mujer.

"Es la "madrecita", siempre atenta a ir en ayuda no solo de los enfermos, sino de todos los que necesitan ayuda y esperanza. Desde el simple y pobre consultorio llega a fundar un verdadero hospital y prepara ella misma a las enfermeras. Con maternal paciencia escucha, favorece la comunión entre la gente y educa al perdón a indígenas y colonos. "Una mirada al Crucifijo me da vida y coraje para trabajar", esta es la certeza de fe que sostiene su vida. En cada actividad, sacrificio o peligro se siente sostenida por la presencia maternal de María Auxiliadora.

El 25 de agosto de 1969, en Sucúa (Ecuador), el pequeño avión que transporta a la ciudad a la hermana María Troncatti se precipita pocos minutos después del despegue, en el límite de esa selva que ha sido durante casi medio siglo su "patria del corazón", el espacio de su donación incansable entre los "shuar". La hermana María vive su último despegue: ¡el que la lleva al Paraíso! Tiene 86 años, todos dedicados a un don de

amor. Había ofrecido su vida por la reconciliación entre los colonos y los Shuar. Escribía: “¡Soy cada día más feliz de mi vocación religiosa misionera!”.

Fue declarada Venerable el 12 de noviembre de 2008 y **beatificada bajo el pontificado de Benedicto XVI en Macas (Vicariato Apostólico de Méndez – Ecuador) el 24 de noviembre de 2012**. En la homilía de beatificación, el Cardenal Angelo Amato delineó la figura de consagrada y misionera, destacando, en la cotidianidad y simplicidad de los gestos de maternidad y misericordia, la extraordinaria “ejemplo de dedicación a Jesús y a su Evangelio de verdad y de vida” por el cual, a más de cuarenta años de su muerte, era recordada con gratitud: “La hermana María, animada por la gracia, se convirtió en una infatigable mensajera del Evangelio, experta en humanidad y conoedora profunda del corazón humano. Compartía las alegrías y esperanzas, las dificultades y tristezas de sus hermanos, grandes y pequeños. Lograba transformar la oración en celo apostólico y en servicio concreto al prójimo”. El Cardenal Amato terminó la homilía asegurando a los presentes, entre los que se encontraban los shuar, que “desde el cielo la Beata María Troncatti sigue velando por su patria y por sus familias. Sigamos pidiendo su intercesión, para vivir en fraternidad, en concordia y en paz. Dirijámonos con confianza a ella, para que asista a los enfermos, consuele a los que sufren, ilumine a los padres en la educación cristiana de los niños, traiga armonía a las familias. Queridos fieles, así como lo fue en la tierra, así desde el cielo la Beata María Troncatti seguirá siendo nuestra Buena Madre”.

La biografía escrita por la hermana Domenica Grassiano “Selva, patria del corazón” contribuyó a dar a conocer el testimonio de esta gran misionera y a difundir su fama de santidad. Esta Hija de María Auxiliadora ha encarnado de manera singular la pedagogía y la espiritualidad del sistema preventivo, sobre todo a través de esa maternidad que ha marcado todo su testimonio misionero a lo largo de su vida.

De joven hermana en los años 1920: aunque continúa como enfermera, dedica una atención especial a las chicas oratorianas, y de manera especial a un grupo de ellas bastante descuidadas, ruidosas e impacientes hacia cualquier disciplina. Pues bien, la hermana María sabe acogerlas y tratarlas de tal manera que “tenían por ella una veneración: se arrodillaban ante ella, tanto era su estima. Sentían en ella un alma toda de Dios y se encomendaban a su oración”.

También para las postulantes reserva una atención especial, comunicando confianza y coraje: “Ánimo, no te dejes llevar por el arrepentimiento por lo que has dejado... Ora al Señor y te ayudará a realizar tu vocación”. Las cuarenta postulantes de ese año llegaron todas a la vestición y a la profesión, atribuyendo tal resultado a las oraciones de la hermana María, que infunde esperanza sobre todo cuando ve dificultades para adaptarse al nuevo estilo de vida o para aceptar la separación de la familia.

De Madre de los pobres y necesitados. Con su ejemplo y su mensaje recuerda que “no nos preocupamos solo del cuerpo, sino también de las necesidades del alma del hombre: de las personas que sufren por la violación del derecho o por un amor destruido; de las personas que se encuentran en la oscuridad sobre la verdad; que sufren por la ausencia de verdad y amor. Nos preocupamos por la salvación de los hombres en cuerpo y alma”. ¡Cuántas almas salvadas! ¡Cuántos niños salvados de una muerte segura! ¡Cuántas chicas y mujeres defendidas en su dignidad! ¡Cuántas familias formadas y custodiadas en la verdad del amor conyugal y familiar! ¡Cuántos incendios de odio y venganza extinguidos con la fuerza de la paciencia y la entrega de su propia vida! Y todo vivido con gran celo apostólico y misionero.

Singular el testimonio del padre Giovanni Vigna, que trabajó durante 23 años en la misma misión, ilustra muy bien el corazón de la hermana María Troncatti: “La hermana María se distinguía por una exquisita maternidad. Encontraba para cada

problema una solución que resultaba, a la luz de los hechos, siempre la mejor. Siempre estaba dispuesta a descubrir el lado positivo de las personas. La he visto tratar la naturaleza humana bajo todos los aspectos, los más miserables también: pues bien, los trató con esa superioridad y amabilidad que en ella era cosa espontánea y natural. Expresaba la maternidad como afecto entre las hermanas en comunidad: era el secreto vital que las sostenía, el amor que las unía unas a otras; la plena condición de las fatigas, los dolores, las alegrías. Ejercía su maternidad sobre todo hacia las más jóvenes. Muchas hermanas han experimentado la dulzura y la fuerza de su amor. Así era para los Salesianos que caían frecuentemente enfermos porque no se ahorraban en el trabajo y las fatigas. Ella los cuidaba, los sostenía también moralmente, adivinando crisis, cansancios, turbaciones. Su alma transparente veía todo a través del amor de un Padre que nos ama y nos salva. ¡Ha sido instrumento en la mano de Dios para obras maravillosas!”.

San Francisco de Sales, acompañante personal

«Mi espíritu siempre acompaña al tuyo,» escribió Francisco de Sales un día a Juana de Chantal, en un momento en que ella se sentía asaltada por la oscuridad y las tentaciones. El añadió: “Camina, por lo tanto, mi querida Hija, y avanza con mal tiempo y durante la noche. Sé valiente, mi querida Hija; con la ayuda de Dios, haremos mucho”. Acompañamiento, dirección espiritual, guía de almas, dirección de conciencia, asistencia espiritual: son fórmulas más o menos sinónimas, ya que designan esta forma particular de educación y de formación ejercida en el ámbito espiritual de la conciencia individual.

Formación de un futuro acompañante

La formación que recibió de joven había preparado a Francisco de Sales para convertirse a su vez en director espiritual. Como estudiante de los jesuitas en París muy probablemente tuvo un padre espiritual cuyo nombre desconocemos. En Padua, Antonio Possevino había sido su director; con este famoso jesuita Francisco se felicitaría más tarde por haber sido uno de sus «hijos espirituales». Durante su tormentoso camino hacia el estado clerical, su confidente y apoyo fue Amé Bouvard, sacerdote amigo de la familia, que le preparó entonces para la ordenación.

Al comienzo de su episcopado, confió el cuidado de su vida espiritual al padre Fourier, rector de los jesuitas de Chambéry, «un religioso grande, erudito y devoto», con el que estableció «una amistad muy especial» y que estuvo muy cerca de él «con sus consejos y advertencias». Durante varios años, se confiesa regularmente con el penitenciario de la catedral, a quien llama «querido hermano y perfecto amigo».

Su estancia en París en 1602 influyó profundamente en el desarrollo de sus dotes de director de almas. Enviado por el obispo para negociar algunos asuntos diocesanos en la corte, tuvo poco éxito diplomático, pero esta prolongada visita a la capital francesa le permitió establecer contactos con la élite espiritual que se reunía en casa de Dame Acarie, mujer excepcional, mística y anfitriona al mismo tiempo. Se convirtió en su confesor, observó sus éxtasis y la escuchó sin rechistar. Qué error cometí», diría más tarde, “por no haber aprovechado suficientemente su santísima compañía”. En efecto, ella me abrió libremente su alma; pero el extremo respeto que le tenía hizo que no me atreviera a informarme de la menor cosa».

Una actividad persistente «que tranquiliza y anima»

Ayudar a cada uno, acompañarle personalmente, aconsejarle, corregir eventualmente sus errores, animarle, todo ello requiere tiempo, paciencia y un esfuerzo constante de discernimiento. El autor de *Filotea* habla por experiencia

propia cuando afirma en el prefacio:

Es un trabajo, lo confieso, guiar almas individuales, pero un trabajo que hace que uno se sienta ligero, como el de los segadores y los cosechadores, que nunca están tan contentos como cuando tienen mucho trabajo y mucho que llevar. Es un trabajo que tranquiliza y anima, por la dulzura que aporta a quien lo emprende.

Conocemos este importante ámbito de su labor formativa sobre todo por su correspondencia, pero hay que señalar que la dirección espiritual no se hace sólo por escrito. Los encuentros personales y las confesiones individuales forman parte de ella, aunque hay que distinguirlos adecuadamente. En 1603 conoció al duque de Bellegarde, gran figura del reino y gran pecador, que pocos años después le pidió que le guiara por el camino de la conversión. La Cuaresma que predicó en Dijon al año siguiente fue un punto de inflexión en su «carrera» como director espiritual, porque conoció a Jeanne Frémyot, viuda del barón de Chantal.

A partir de 1605, la visita sistemática de su vasta diócesis le puso en contacto con infinidad de personas de toda condición, principalmente campesinos y montañeses, la mayoría de los cuales eran analfabetos y no nos dejaron correspondencia. Predicando la Cuaresma en Annecy en 1607, encontró en sus «sagradas redes» a una joven de veintiún años, «pero toda de oro», llamada Luisa Du Chastel, que se había casado con el primo del obispo, Enrique de Charmois. Las cartas de dirección espiritual que Francisco envió a Madame de Charmois servirían de material básico para la redacción de su futura obra, la *Philothea*.

La predicación en Grenoble en 1616, 1617 y 1618 le aportó un número considerable de hijas e hijos espirituales que, tras haberle escuchado en la cátedra, buscarían contactar con él de cerca. Nuevas Filoteas lo seguirán en su último viaje a París en 1618-1619, donde formó parte de la delegación

de Saboya que negociaba el matrimonio del príncipe de Piamonte, Víctor Amadeo, con Cristina de Francia, hermana de Luis XIII. Tras la boda principesca, Christine lo eligió como su confesor y «gran capellán».

El director es padre, hermano, amigo

Al dirigirse a las personas que dirige, Francisco de Sales hace un uso abundante, por no decir excesivo, según la costumbre de la época, de títulos y apelativos tomados de la vida familiar y social, como *padre, madre, hermano, hermana, hijo, hija, tío, tía, sobrina, padrino, madrina o sirviente*. El título de padre significaba autoridad y al mismo tiempo amor y confianza. El padre «asiste» a su hijo y a su hija aconsejándoles con sabiduría, prudencia y caridad. Como padre espiritual, el director es el que en ciertos casos dice: ¡Yo hago! Francisco de Sales sabía utilizar ese lenguaje, pero sólo en circunstancias muy especiales, como cuando ordena a la baronesa que no evite un encuentro con el asesino de su marido:

Me preguntasteis cómo quería que os comportaseis en el encuentro con el que mató a vuestro señor esposo. Te respondo en orden. No es necesario que usted misma busque la fecha y la ocasión. Sin embargo, si ésta se presenta, quiero que la acojas con un corazón gentil, amable y compasivo.

Una vez escribió a una mujer angustiada: «Te lo ordeno en nombre de Dios», pero fue para quitarle los escrúpulos. Su autoridad permaneció siempre humilde, buena, incluso tierna; su papel con respecto a las personas que dirigía, precisó en el prefacio a la *Filotea*, consistía en una «asistencia» especial, término que aparece dos veces en este contexto. La intimidad que se estableció entre él y el duque de Bellegarde fue tal que Francisco de Sales pudo responder a la petición del duque, no sin vacilar en utilizar los epítetos «hijo mío» o «monseñor hijo mío», sabiendo perfectamente que el duque era mayor que él. La implicación pedagógica de la dirección espiritual queda subrayada por otra imagen

significativa. Tras recordar la veloz carrera de la tigresa para salvar a su cachorro, movida por la fuerza del amor natural, continúa diciendo:

Y cuánto más de buena gana cuidará un corazón paternal de un alma que ha encontrado llena de deseos de santa perfección, llevándola sobre su pecho, como una madre a su hijo, sin sentir el peso de la querida carga.

Con respecto a la gente que él dirige, mujeres y hombres, Francisco de Sales también se comporta como un hermano, y es en esta capacidad que él se presenta a menudo a la gente que recurre a él. A Antoine Favre le llama constantemente «mi hermano». Al principio se dirige a la baronesa de Chantal con el apelativo de «*madame*» (señora), más tarde pasa al de «hermana», «este nombre, con el que los apóstoles y los primeros cristianos se expresaban su amor mutuo». El hermano no manda, aconseja y corrige fraternalmente.

Pero lo que mejor caracteriza el estilo salesiano es el ambiente amistoso y recíproco que une al director y a la persona dirigida. Como bien dice André Ravier, «no hay verdadera dirección espiritual si no hay amistad, es decir, intercambio, comunicación, influencia mutua». No es sorprendente que Francisco de Sales ame a sus referentes con un amor que les testimonia de mil maneras; es sorprendente, en cambio, que desee ser igualmente amado por ellos. Con Jeanne de Chantal, la reciprocidad llega a ser tan intensa que a veces convierte «lo mío» y «lo tuyo» en «lo nuestro»: «No me es posible distinguir lo *mío* y lo *tuyo* en lo que nos concierne es *nuestro*».

Obediencia al director, pero en un clima de confianza y libertad

La obediencia al director espiritual es una garantía contra los excesos, las ilusiones y los pasos en falso cometidos las más de las veces por cuenta propia;

mantiene una actitud prudente y sabia. El autor de la *Filotea* la considera necesaria y beneficiosa, sin recurrir a ella; «la humilde obediencia, tan recomendada y tan practicada por todos los antiguos devotos», forma parte de una tradición. Francisco de Sales se la recomienda a la baronesa de Chantal a propósito de su primer director, pero indicándole cómo vivirla:

Alabo mucho el respeto religioso que sentís por vuestro director, y os exhorto a conservarlo con mucho cuidado; pero debo deciros también una palabra más. Este respeto debe indudablemente induciros a perseverar en la santa conducta a la que tan felizmente os habéis adaptado, pero de ningún modo debe impedir o sofocar la justa libertad que el Espíritu de Dios da a quien posee.

En todo caso, el director debe poseer tres cualidades indispensables: «Debe estar lleno de caridad, ciencia y prudencia: si falta una de estas tres, hay peligro» (I I 4). No parece ser el caso del primer director de la señora de Chantal. Según su biógrafa, la Madre de Chaugy, este hombre la «vinculaba a su dirección» advirtiéndole de no pensar jamás en cambiarlo; eran «lazos inapropiados que mantenían su alma atrapada, encerrada y sin libertad». Cuando, tras conocer a Francisco de Sales, quiso cambiar de director, se vio sumida en un mar de escrúpulos. Para tranquilizarla, él le mostró otro camino:

Aquí está la regla general de nuestra obediencia, escrita en letras muy grandes: DEBES HACER TODO POR AMOR, Y NADA POR FUERZA; DEBES AMAR LA OBEDIENCIA MÁS DE LO QUE TEMES LA DESOBEDIENCIA. Os dejo el espíritu de la libertad: no la que excluye la obediencia, porque entonces habría que hablar de la libertad de la carne, sino la que excluye la compulsión, el escrúpulo y la prisa.

El camino salesiano se funda en el respeto y la obediencia debidos al director, sin duda alguna, pero sobre todo en la confianza: «Tened en él la mayor confianza, unida a

una sagrada reverencia, de modo que la reverencia no disminuya la confianza y la confianza no impida la reverencia; confiad en él con el respeto de una hija hacia su padre, respetadlo con la confianza de una hija hacia su madre».

La confianza inspira sencillez y libertad, que favorecen la comunicación entre dos personas, sobre todo cuando la dirigida es una joven novicia temerosa:

Te diré, en primer lugar, que no debes usar, a mi respecto, palabras de ceremonia o disculpa, pues, por voluntad de Dios, siento por ti todo el afecto que puedas desear, y no sabría prohibirme sentirlo. Amo profundamente tu espíritu, porque creo que Dios lo quiere, y lo amo tiernamente, porque te veo todavía débil y demasiado joven. Escríbame, pues, con toda confianza y libertad, y pídamme todo lo que le parezca útil para su bien. Y que esto quede dicho de una vez por todas.

¿Cómo se debe escribir al obispo de Ginebra? Escríbeme con libertad, con sinceridad, con sencillez -dijo a una de las almas que dirigía-. Sobre este punto, no tengo nada más que decir, excepto que no debes poner *Monseñor* en la carta ni solo ni acompañado de otras palabras: basta con que pongas *Señor*, y ya sabes por qué. Soy un hombre sin ceremonias, y os amo y os honro de todo corazón». Este estribillo vuelve con frecuencia al comienzo de una nueva relación epistolar. El afecto, cuando es sincero y sobre todo cuando tiene la suerte de ser correspondido, autoriza la libertad y la mayor franqueza. Escríbeme cuando te apetezca», le dijo a otra mujer, “con toda confianza y sin ceremonias, porque así es como hay que comportarse en este tipo de amistad”. A uno de sus corresponsales le pidió: «No me pidas que te excuse por escribir bien o mal, porque no me debes más ceremonia que la de quererme». Esto significa hablar «de corazón a corazón». Tanto el amor a Dios como el amor al prójimo nos hacen seguir adelante «de buena manera, sin muchos aspavientos» porque, como él decía, «el verdadero amor no necesita método». La clave es el amor, porque «el amor iguala a los amantes», es

decir, el amor opera una transformación en las personas que uno ama, haciéndolas iguales, semejantes y al mismo nivel.

«Cada flor requiere un cuidado especial».

Aunque el objetivo de la dirección espiritual es el mismo para todos, es decir, la perfección de la vida cristiana, las personas no son todas iguales, y pertenece al arte del director saber indicar a cada uno el camino adecuado para alcanzar la meta común. Hombre de su tiempo, consciente de que las estratificaciones sociales eran una realidad, Francisco de Sales conocía bien la diferencia entre el caballero, el artesano, el ayuda de cámara, el príncipe, la viuda, la muchacha y la mujer casada. Cada uno, de hecho, debía producir frutos 'de acuerdo a su calificación y profesión'. Pero el sentido de pertenencia a un determinado grupo social iba bien, en él, con la consideración de las peculiaridades del individuo: hay que "adaptar la práctica de la devoción a las fuerzas, actividades y deberes de cada uno en particular". También creía que «los medios para alcanzar la perfección son diferentes según la diversidad de las vocaciones».

La diversidad de temperamentos es un hecho que debe ser tomado en cuenta. Uno puede detectar en Francisco de Sales un "instinto psicológico" que es anterior a los descubrimientos modernos. La percepción de las características únicas de cada persona es muy pronunciada en él y es la razón por la que cada sujeto merece una atención especial por parte del padre espiritual: "En un jardín, cada hierba y cada flor requiere un cuidado especial". Como un padre o una madre con sus hijos, se adapta a la individualidad, al temperamento y a las situaciones particulares de cada individuo. A esta persona, impaciente consigo misma, decepcionada porque no progresa como quisiera, le recomienda el amor propio; a esta otra, atraída por la vida religiosa pero dotada de una fuerte individualidad, le aconseja un estilo de vida que tenga en cuenta estas dos tendencias; a una tercera, oscilante entre la exaltación y la depresión, le sugiere la paz del corazón

mediante la lucha contra las imaginaciones angustiosas. A una mujer desesperada por el carácter «derrochador y frívolo» de su marido, el director tendrá que aconsejarle «los medios adecuados y la moderación» y los medios para superar su impaciencia. Otra, una mujer con la cabeza en el cuello, con un carácter “de una sola pieza”, llena de ansiedades y pruebas, necesitará “santa dulzura y tranquilidad”. A otra le angustia el pensamiento de la muerte y a menudo se deprime: su director le inspira valor. Hay almas que tienen mil deseos de perfección; es necesario calmar su impaciencia, fruto de su amor propio. La famosa Angélique Arnauld, abadesa de Port-Royal, quiere reformar su monasterio con rigidez: es necesario recomendarle flexibilidad y humildad.

En cuanto al duque de Bellegarde, que se había inmiscuido en todas las intrigas políticas y amorosas de la corte, el obispo le anima a adquirir «una devoción masculina, valiente, invariable, que sirva de espejo a muchos, exaltando la verdad del amor celestial, digna de reparación por las faltas pasadas». En 1613 redacta una *Memoria para hacer una buena confesión*, que contiene ocho «advertencias» generales, una descripción detallada «de los pecados contra los diez mandamientos», un «examen sobre los pecados capitales», «los pecados cometidos contra los preceptos de la Iglesia», un «medio para discernir el pecado mortal del venial» y, por último, «medios para apartar a los grandes del pecado de la carne».

Método «regresivo»

El arte de la dirección de la conciencia exige muy a menudo que el director dé un paso atrás y deje la iniciativa al destinatario, o a Dios, sobre todo cuando se trata de hacer elecciones que requieren una decisión exigente. «No tome mis palabras demasiado al pie de la letra», escribió a la baronesa de Chantal, “no quiero que sean una imposición para usted, sino que conserve la libertad de hacer lo que mejor le parezca”. Escribía, por ejemplo, a una mujer muy apegada a las «vanidades»:

Cuando te fuiste, se me ocurrió decirte que debías renunciar a las fragancias y a los perfumes, pero me contuve, para seguir mi sistema, que es suave y procura esperar los movimientos que, poco a poco, los ejercicios de piedad tienden a suscitar en las almas que se consagran por entero a la Bondad divina. Mi espíritu, en efecto, es sumamente amigo de la sencillez; y el gancho con que se acostumbra cortar los chupones inútiles, lo dejo habitualmente en manos de Dios.

El director no es un déspota, sino alguien que «guía nuestras acciones con sus advertencias y consejos», como dice al principio de la *Filotea*. Se abstiene de mandar cuando escribe a Madame de Chantal: «Son consejos buenos y convenientes para ti, pero no mandatos». También dirá, en su proceso de canonización, que a veces lamentaba no haber sido suficientemente guiada con mandatos. De hecho, el papel del director queda definido por la siguiente respuesta de Sócrates a un discípulo: «Me ocuparé, pues, de devolverte a ti mismo mejor de lo que eres». Como siempre declaraba a Madame de Chantal, Francisco se había «consagrado», se había puesto al «servicio» de la «santísima libertad cristiana». Lucha por la libertad:

Veréis que digo la verdad y que lucho por una buena causa cuando defiendo la santa y amable libertad del espíritu, que, como sabéis, honro de manera muy especial, siempre que sea verdadera y esté libre de disipación y libertinaje, que no son más que una máscara de la libertad.

En 1616, durante un retiro espiritual, Francisco de Sales hizo que la propia madre de Chantal hiciera un ejercicio de «desvestirse», para reducirla a «la hermosa y santa pureza y desnudez de los niños». Había llegado el momento de dar el paso hacia la «autonomía» de la persona directa. La exhortó, entre otras cosas, a no 'tomar ninguna nodriza' y a no seguir diciéndole -precisó- 'que yo seré siempre su nodriza', y, en suma, a estar dispuesta a renunciar a la dirección espiritual de Francisco. Sólo Dios basta: «No

tengáis otros brazos para llevaros que los de Dios, ni otros pechos en los que descansar que los Suyos y la Providencia. [...] No pienses más en la amistad ni en la unidad que Dios ha establecido entre nosotros». Para Madame de Chantal, la lección es dura: «¡Dios mío! ¡Mi verdadero Padre, al que has cortado profundamente con tu navaja! ¿Puedo permanecer mucho tiempo en este estado de ánimo? Ahora se ve «despojada y desnuda de todo lo que le era más precioso». Francisco confiesa también: «Y sí, también yo me encuentro desnudo, gracias a Aquel que murió desnudo para enseñarnos a vivir desnudos». La dirección espiritual alcanza aquí su punto culminante. Después de una experiencia así, las cartas espirituales serán más raras y los afectos más contenidos y ventajosos en favor de una unidad totalmente espiritual.

Llamado Misionero 2025

Queridos hermanos,

un saludo fraterno y cordial desde el “Sacro Cuore” de Roma.

En este día, 18 de diciembre, como cada año, en el recuerdo de la fundación de nuestra Congregación, en 1859, vengo a vosotros con este escrito que renueva el espíritu de los orígenes, el espíritu misionero que ha hecho, desde el principio, que la Congregación sea lo que es.

Este año, con emoción, doy voz al corazón de la Congregación, en el 150° aniversario de la primera expedición misionera. La celebración de este aniversario marca nuestro corazón y nuestra alma. Nos pide renovar el espíritu misionero que siempre ha estado en el corazón del carisma, para que, dando gracias por la fidelidad de Dios, dé energía para el futuro a la evangelización y a la Congregación.

Celebrar el 150 aniversario de la primera expedición misionera de Don Bosco representa un gran don para:

– ***Dar gracias***, para reconocer la gracia de Dios.

El reconocimiento hace evidente la paternidad de cada hermosa realización. Sin gratitud no hay capacidad de acoger. Cada vez que no reconocemos un don en nuestra vida personal e institucional, corremos el grave riesgo de anularlo y «apropiarnos de él».

Hablando del espíritu de la misión, estamos en el centro de la vida del discípulo: algo infinitamente más grande que nosotros, que es la dinámica fundacional y original de la Iglesia, para cada generación.

– ***Repensar***, porque «nada es para siempre».

La fidelidad implica también la capacidad de cambiar en la obediencia a una visión que viene de Dios y de la lectura de los «signos de los tiempos». Nada es para siempre: desde el punto de vista personal e institucional, la verdadera fidelidad es la capacidad de cambiar, reconociendo en qué el Señor nos llama a cada uno de nosotros.

Repensar, entonces, se convierte en un acto generativo, en el que fe y vida se unen; un momento para preguntarnos: ¿qué quieres decirnos Señor con esta persona, con esta situación a la luz de los signos de los tiempos que, para ser leídos, exigen que tengamos el mismo corazón de Dios?

– ***Relanzar***, empezar de nuevo cada día.

El reconocimiento nos lleva a mirar hacia adelante y acoger los nuevos desafíos, relanzando las misiones con esperanza. La actividad misionera es llevar la esperanza de Cristo con una conciencia lúcida y clara, ligada a la fe, que nos hace reconocer que lo que veo y vivo «no es algo mío», y me da la fuerza para seguir adelante, personal e institucionalmente.

Todo esto requiere el coraje de ser uno mismo, de reconocer la propia identidad en el don de Dios e invertir las energías en una responsabilidad precisa. Conscientes de que lo que nos ha sido confiado no es nuestro y que tenemos la tarea de

transmitirlo a las próximas generaciones.

Este es el corazón de Dios, esta es la vida de la Iglesia.

El Santo Padre nos ha entregado recientemente una carta encíclica *«Dilexit nos»* sobre el amor humano y divino del corazón de Jesucristo. Este regalo del papa Francisco ilumina nuestro corazón misionero.

El Papa nos indica la acción social y el mundo entero como destino natural de la auténtica devoción al Sagrado Corazón. En el número 205 de la encíclica dice: *«¿Qué culto sería para Cristo si nos conformáramos con una relación individual sin interés por ayudar a los demás a sufrir menos y a vivir mejor? ¿Acaso podrá agrádar al Corazón que tanto amó que nos quedemos en una experiencia religiosa íntima, sin consecuencias fraternas y sociales?»*

El papa Francisco nos dice claramente que quien tiene intimidad con el corazón del Señor no puede dejar de estar dotado de un espíritu misionero que abraza al mundo entero, porque su corazón se ha ensanchado, ampliado! Hay una relación directa: cuanto más vivamos en la intimidad del Corazón de Cristo, más seremos capaces de llegar a los confines más lejanos de la tierra.

El corazón de Cristo me empuja a estar atento a las heridas del corazón de la humanidad.

En una palabra: el corazón de la misión es el corazón de Dios.

Qué fuerza y energía nos transmite el Santo Padre en este año que nos introduce en el 150 aniversario de la primera expedición misionera.

La historia continúa con nosotros. Hoy Don Bosco necesita salesianos que se pongan a disposición como «simples instrumentos» para realizar el sueño misionero. Este es mi llamado a los hermanos que sienten en lo más profundo de su corazón la llamada de Dios, dentro de nuestra común vocación salesiana, a estar disponibles como misioneros con un

compromiso de por vida (*ad vitam*), dondequiera que el Rector Mayor los envíe.

Al último llamado de don Ángel, en diciembre de 2023 se unieron 48 salesianos de los que 24 fueron elegidos como miembros de la 155 expedición misionera. En este año que prepara el 150° de la primera expedición misionera, mi oración y mi deseo es que puedan ser aún más.

El diálogo con el Consejero General para las Misiones y la reflexión compartida en el seno del Consejo General, a partir del proyecto misionero presentado al Consejo (ACG 437, p. 66) me permite precisar las urgencias identificadas para 2025, donde quisiera que un número significativo de hermanos pudiera ser enviado:

- África del Norte, África del Sur (AFM), África Occidental Norte (AON), Mozambique;
- la nueva presencia que iniciaremos en Vanuatu;
- Albania y Rumania, para el «Proyecto Calabria-Basilicata» (IME);
- Chile, Mongolia, Uruguay y otras fronteras y cualquier urgencia.

Invito a los Inspectores, con sus los Delegados inspectoriales para la animación misionera, para que sean los primeros en ayudar a los hermanos a facilitar su discernimiento, invitándolos, después del diálogo personal, a ponerse a disposición del Rector Mayor para responder a las necesidades misioneras de la Congregación. Luego, el Consejero General para las Misiones continuará el discernimiento que conducirá a la elección de los misioneros para la próxima 156a expedición misionera, que se celebrará en Valdocco el 11 de noviembre de 2025.

Que el Señor bendiga y que la Virgen os acompañe a todos vosotros; Santa Navidad para todos y un buen año nuevo en nombre de la Esperanza, que es la presencia de Dios.

Roma, 18 de diciembre de 2024

don Stefano Martoglio

Vicario (ex. art. 143 cost. S.D.B.)

Prot. n. 24/0575

El perfume

Una fría mañana de marzo, en un hospital, debido a graves complicaciones, nació una niña mucho antes de lo esperado, tras sólo seis meses de embarazo.

Era una criaturita diminuta y los nuevos padres quedaron dolorosamente conmocionados por las palabras del médico: “No creo que el bebé tenga muchas posibilidades de sobrevivir. Sólo hay un 10% de posibilidades de que sobreviva a la noche, e incluso si eso ocurre por algún milagro, la probabilidad de que tenga complicaciones en el futuro es muy alta”. Paralizados por el miedo, la madre y el padre escucharon las palabras del médico mientras les describía todos los problemas a los que se enfrentaría la niña. Nunca podría andar, hablar, ver, tendría retraso mental y muchas cosas más.

Mamá, papá y su hijo de cinco años habían esperado tanto a esa niña. En pocas horas, vieron todos sus sueños y deseos rotos para siempre.

Pero sus problemas no habían terminado, el sistema nervioso de la pequeña aún no estaba desarrollado. Así que cualquier caricia, beso o abrazo era peligroso, los desconsolados miembros de la familia ni siquiera podían transmitirle su amor, tenían que evitar tocarla.

Los tres se tomaron de la mano y rezaron, formando un pequeño corazón palpitante en el enorme hospital:

“Dios todopoderoso, Señor de la vida, haz tú lo que nosotros

no podemos hacer: cuida de la pequeña Diana, abrázala a tu pecho, acúnala y hazle sentir todo nuestro amor”.

Diana era un copito palpitante y poco a poco empezó a mejorar. Pasaron las semanas y la pequeña siguió ganando peso y fortaleciéndose. Finalmente, cuando Diana cumplió dos meses, sus padres pudieron tomarla en brazos por primera vez.

Cinco años después, Diana se había convertido en una niña serena que miraba al futuro con confianza y ganas de vivir. No había signos de deficiencia física o mental, era una niña normal, vivaz y llena de curiosidad.

Pero ahí no acaba la historia.

Una tarde calurosa, en un parque no muy lejos de casa, mientras su hermano jugaba al fútbol con unos amigos, Diana estaba sentada en brazos de su madre. Como siempre, charlaba alegremente, cuando de repente se quedó callada. Apretó los brazos como si abrazara a alguien y preguntó a su mamá: “¿Sientes eso?”.

Oliendo la lluvia en el aire, mamá respondió: “Sí. Huele como cuando va a llover”.

Al cabo de un rato, Diana levantó la cabeza y acariciándose los brazos exclamó: “No, huele como Él. Huele como cuando Dios te abraza fuerte”.

La madre empezó a llorar lágrimas ardientes, mientras la niña correteaba hacia sus amiguitos para jugar con ellos.

Las palabras de su hija habían confirmado lo que la mujer sabía en su corazón desde hacía mucho tiempo. A lo largo de su estancia en el hospital, mientras luchaba por la vida, Dios había cuidado de la niña, abrazándola tan a menudo que su perfume había quedado impreso en la memoria de Diana.

El perfume de Dios permanece en cada niño. ¿Por qué tenemos tanta prisa por borrarlo?

Los Cardenales Protectores de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco

Desde el principio, la Sociedad Salesiana ha tenido, como muchas otras órdenes religiosas, un cardenal protector. A lo largo del tiempo, hasta el Concilio Vaticano II, hubo nueve cardenales protectores, un papel de gran importancia para el crecimiento de la Sociedad Salesiana.

La institución de cardenales protectores para las congregaciones religiosas es una antigua tradición que se remonta a los primeros siglos de la Iglesia, cuando el Papa nombraba defensores y representantes de la fe. Con el paso del tiempo, esta práctica se extendió a las órdenes religiosas, a las que se asignó un cardenal con la tarea de proteger sus derechos y prerrogativas ante la Santa Sede. La Sociedad Salesiana de San Juan Bosco también gozó de tal favor, contando con varios cardenales para representarla y protegerla en los cargos eclesiásticos.

Origen de la figura del Cardenal Protector

La costumbre de tener un protector se remonta a los primeros siglos del Imperio Romano, cuando Rómulo, el fundador de Roma, creó dos órdenes sociales: patricios y plebeyos. Cada plebeyo podía elegir a un patricio como protector, estableciendo un sistema de beneficio mutuo entre las dos clases sociales. Esta práctica fue adoptada posteriormente también por la Iglesia. Uno de los primeros ejemplos de protector eclesiástico es San Sebastián, nombrado por el Papa Cayo en el año 283 d.C. defensor de la Iglesia de Roma.

En el siglo XIII, la asignación de cardenales protectores a las órdenes religiosas se convirtió en una práctica establecida. San Francisco de Asís fue uno de los primeros en solicitar un cardenal protector para su orden. Tras una visión en la que sus frailes eran atacados por aves rapaces, Francisco pidió al Papa que les asignara un cardenal como defensor. Inocencio III accedió y nombró al cardenal Ugolino Conti, sobrino del Papa. A partir de entonces, las órdenes religiosas siguieron esta tradición para obtener protección y apoyo en sus relaciones con la Iglesia.

Esta práctica se extendió casi como una necesidad, ya que las nuevas órdenes mendicantes e itinerantes tenían un estilo de vida diferente al de los monjes con domicilio fijo, bien conocidos por los obispos locales. Las distancias geográficas, los diferentes sistemas políticos de los lugares donde operaban las nuevas órdenes religiosas y las dificultades de comunicación de la época exigían una figura de autoridad que conociera a fondo sus problemas y necesidades. Esta figura podía representarlos ante la Curia romana, defender sus derechos e intereses e interceder ante la Santa Sede en caso de necesidad. El cardenal protector no tenía jurisdicción ordinaria sobre las órdenes religiosas; su papel era el de un protector benévolo, aunque en circunstancias particulares podía recibir poderes delegados.

Esta práctica se extendió también a otras órdenes religiosas y, en el caso de la Sociedad Salesiana, los cardenales protectores desempeñaron un papel crucial para garantizar el reconocimiento y la protección de la joven congregación, especialmente en sus primeros años, cuando intentaba consolidarse dentro de la estructura de la Iglesia Católica.

La elección del Cardenal Protector

La relación entre Don Bosco y la jerarquía eclesiástica fue compleja, especialmente en los primeros años de la fundación de la congregación. No todos los cardenales y obispos veían con buenos ojos el modelo educativo y pastoral propuesto por

Don Bosco, en parte por su enfoque innovador y en parte por su insistencia en dirigirse a las clases más pobres y desfavorecidas.

La elección de un cardenal protector no era aleatoria, sino que se hacía con sumo cuidado. Normalmente, se buscaba un cardenal que conociera la orden o que hubiera mostrado interés por el tipo de trabajo realizado por la congregación. En el caso de los Salesianos, esto significaba buscar cardenales que tuvieran especial interés en la juventud, la educación o las misiones, ya que éstas eran las principales áreas de actividad de la Sociedad. Por supuesto, el nombramiento final dependía del Papa y de la Secretaría de Estado.

El papel del Cardenal Protector de los Salesianos

Para la Sociedad Salesiana, el Cardenal Protector era una figura clave en su interacción con la Santa Sede, ayudando a mediar en cualquier disputa, asegurando la correcta interpretación de las reglas canónicas y velando por que las necesidades de la orden fueran comprendidas y respetadas. A diferencia de algunas congregaciones más antiguas, que ya habían establecido una sólida relación con las autoridades eclesióásticas, los Salesianos, nacidos en una época de rápidos cambios sociales y religiosos, necesitaron un importante apoyo para afrontar los retos iniciales, tanto internos como externos.

Uno de los aspectos más importantes del papel del Cardenal Protector fue su capacidad para apoyar a los Salesianos en sus relaciones con el Papa y la Curia. Este papel de mediador y protector proporcionó a la congregación un canal directo con las altas esferas de la Iglesia, permitiéndoles expresar preocupaciones y peticiones que de otro modo podrían haber sido ignoradas o pospuestas. El cardenal protector era también responsable de asegurar que la Sociedad Salesiana cumpliera con las directrices del Papa y de la Iglesia, asegurando que su misión se mantuviera en línea con la enseñanza católica.

En una de sus visitas a Roma, en febrero de 1875, Don Bosco pidió al Santo Padre Pío IX la gracia de tener un cardenal protector:

“En la misma audiencia preguntó al Papa si debía, como las demás Congregaciones religiosas, pedir un Cardenal Protector. El Papa le respondió textualmente: – Mientras yo viva seré siempre vuestro Protector, y de vuestra Congregación” (MB XI, 113).

Sin embargo, dándose cuenta de la necesidad de una persona de referencia que tuviera autoridad para llevar a cabo diversas tareas para la Sociedad Salesiana, en 1876 Don Bosco volvió a pedir al Papa un Cardenal Protector:

“Habiendo pedido entonces que, para desenredar nuestros asuntos eclesiásticos en Roma, nos asignara un Cardenal Protector para defender nuestras causas ante la Santa Sede, como tienen todas las demás Órdenes y Congregaciones, me dijo sonriendo: – Pero, ¿cuántos protectores quieres? ¿No tienes suficiente con uno? – Haciéndome entender: quiero ser tu Cardenal Protector; ¿quieres aún más? Al oír palabras de tanta bondad, se lo agradecí de todo corazón y le dije: ‘Santo Padre, cuando dices esto, ya no busco ningún otro protector’”. (MB XII, 221-222).

Después de esta satisfactoria respuesta, Don Bosco obtuvo todavía un Cardenal Protector en el mismo año de 1876:

“3º Hice la petición de un Cardenal Protector a través del cual pudiera comunicarme con S.S. Al principio pareció que él mismo deseaba ser nuestro Protector, pero cuando le hice notar que el Cardenal Protector era en realidad un referendario de las cosas salesianas a S.S., que esas cosas no se podían tratar en las Sagradas Congregaciones porque estaban lejos, Su Santidad sería nuestro Protector de facto, el Cardenal trataría nuestras cosas en los distintos dicasterios y luego las remitiría a S.S.- En este sentido está bien, añadió, y yo

lo comunicaré todo al Cong. de las VV. y RR. –El Card. es el Em. Oreglia que será el protector de nuestras Misiones, de los Salesianos Cooperadores, de la Opera di Maria A.; de la Archicofradía de los devotos de M. A. y de toda la Congregación Salesiana para los asuntos que tendrán que tratarse en Roma ante la Santa Sede”. (MB XIII, 496-497)

Don Bosco menciona a este cardenal en su escrito «La flor más bella del colegio apostólico o más bien la elección de León XIII» (pp. 193-194):

“XXVIII. Card. Luigi Oreglia”

Luigi Oreglia dei Baroni di S. Stefano honra al Piamonte como cardenal Bilio, ya que nació en Benevagienna, en la diócesis de Mondovì, el 9 de julio de 1828. Hizo sus estudios teológicos en Turín bajo la enseñanza de nuestros valientes profesores, que admiraban su mente perspicaz y su infatigable amor por el trabajo. Pasó luego a Roma, a la Academia Eclesiástica, donde completó de manera encomiable su educación religiosa, y se dedicó al estudio de las lenguas, principalmente el alemán, en el que es muy bueno. Habiendo ingresado en la prelatura, fue nombrado el 15 de abril de 1858 referendario de la Signatura, luego enviado internuncio a La Haya en Holanda, de donde pasó a Portugal, después de haber sido preconizado arzobispo de Damiata, sucediendo en ese importante cargo diplomático al eminentísimo cardenal Perrieri. Encontró aún vivas en Portugal ciertas tradiciones de Pombal, que combatió con gran inteligencia y valor. Por lo cual no fue demasiado grato a los que entonces gobernaban. Y volvió a Roma y el Santo Padre, para demostrar que si dejó de representar a la Santa Sede en Portugal no fue por ningún demérito, lo creó y lo hizo Cardenal en el Consistorio del 22 de diciembre de 1873, dándole el título de Santa Anastasia y nombrándolo Prefecto de la Sagrada Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias. El cardenal Oreglia añadió a los nobles modales del caballero las virtudes del sacerdote ejemplar. Pío Nono siempre le tuvo aprecio y amaba su

conversación llena de reserva y gracia. Va despacio para ocuparse de algún negocio, pero cuando gasta una palabra, no le importan los trabajos y los sinsabores con tal de que tenga éxito. Es muy indulgente. El nuevo Pontífice le tiene en gran estima y le ha confirmado en el cargo de prefecto de la Sagrada Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias.»

El cardenal Luigi Oreglia siguió siendo protector de los salesianos de 1876 a 1878, aunque ya había desempeñado esta tarea de manera informal antes de 1876.

Sin embargo, oficialmente, el primer Cardenal Protector de los Salesianos fue Lorenzo Nina, que desempeñó este cargo de 1879 a 1885. León XIII accedió a la petición de Don Bosco de tener un cardenal protector para la Sociedad, y la notificación oficial llegó tras una audiencia el 29 de marzo de 1879:

“Seis días después de esta audiencia, con una nota de la Secretaría de Estado que llevaba la firma de Monseñor Serafino Cretoni, se notificó oficialmente a Don Bosco el nombramiento de Protector, en estos honrosos términos: “La Santidad de Nuestro Señor, deseando que la Congregación Salesiana, que cada día adquiere nuevos títulos a la benevolencia especial de la Santa Sede por sus obras de caridad y de beneficencia de la Iglesia, reciba el título de Protector. Sede para las obras de caridad y de fe implantadas en las diversas partes del mundo, se ha dignado graciosamente conferir este cargo al Sr. Cardenal Lorenzo Nina, Su Secretario de Estado”. En tiempos de Pío IX, el Cardenal Oreglia actuaba como Protector, pero sólo a título oficial, pues aquel Pontífice se había reservado la protección de la Sociedad, necesitada de especial y paternal asistencia en sus primeros tiempos; ahora, en cambio, estaba el Protector propiamente dicho, como otras Congregaciones religiosas. Tampoco podía recaer la elección en un Prelado más benévolo; quien, habiendo conocido a Don Bosco antes del cardenalato, le tenía en la más alta estima y le profesaba un sincero afecto. Requerido por Don Bosco para ser Protector de los Salesianos, se mostró muy dispuesto, diciéndole: – Yo no

podría ofrecerme para esto al Santo Padre; pero si el Santo Padre me lo dice, acepto inmediatamente. – Dio una prueba elocuente de su buena voluntad cuando el Beato le propuso que, ya que Su Eminencia tenía tanto que hacer, le asignara una persona con quien tratar el asunto de las Misiones. El Cardenal respondió: – No, no; quiero que lo tratemos directamente; venga mañana a las cuatro y media, y hablaremos mejor. Es un milagro ver surgir en estos tiempos una Congregación sobre las ruinas de otras, donde se quisiera destruirlo todo. – El Beato experimentó a menudo cuán beneficiosa era para él tan afectuosa protección. A su regreso a Turín y habiendo informado al Capítulo Superior de la designación pontificia de Protector, envió al Cardenal, en nombre de toda la Congregación, una carta de agradecimiento por haberse dignado aceptar ese cargo, de cordialísimo homenaje y de oración por las Misiones y quizá también por los privilegios; así nos lo da a entender la siguiente respuesta de Su Eminencia». (MB XIV, 78-79)

A partir de ahora, la Congregación Salesiana tendrá siempre un cardenal protector con gran influencia en la Curia Romana. Además de esta figura oficial, siempre hubo otros cardenales y altos prelados que, comprendiendo la importancia de la educación, apoyaron a los Salesianos. Entre ellos se encuentran los cardenales Alessandro Barnabò (1801-1874), Giuseppe Berardi (1810-1878), Gaetano Alimonda (1818-1891), Luigi Maria Bilio (1826-1884), Luigi Galimberti (1836-1896), Augusto Silj (1846-1926) y muchos otros.

Lista de los Protectores de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco:

| | Cardinal Protector SDB | Periodo | Nombramiento |
|---|-----------------------------------|----------------|---------------------------|
| | Beato Papa Pio IX | | |
| 1 | Luigi OREGLIA | 1876-1878 | |
| 2 | Lorenzo NINA | 1879-1885 | 29.03.1879 (MB XIV,78-79) |

| | | | |
|---|--|-----------|--|
| 3 | Lucido Maria PAROCCHI | 1886-1903 | 12.04.1886 (ASV, Segr. Stato, 1886, prot. 66457; ASC D544, Cardenales Protectores, Parocchi) |
| 4 | Mariano RAMPOLLA DEL TINDARO | 1903-1913 | 31.03.1093 (carta del Cardenal Rampolla a Don Rua) |
| 5 | Pietro GASPARRI | 1914-1934 | 09.10.1914 (AAS 1914-006, p. 22) |
| 6 | Eugenio PACELLI (Pio XII) | 1935-1939 | 02.01.1935 (AAS 1935-027, p.116) |
| 7 | Vincenzo LA PUMA | 1939-1943 | 24.05.1939 (AAS 1939-031, p. 281) |
| 8 | Carlo SALOTTI | 1943-1947 | 29.12.1943 (AAS 1943-036, p. 61) |
| 9 | Benedetto Aloisi MASELLA | 1948-1970 | 10.02.1948 (AAS 1948-040, p.165) |

El último protector de los Salesianos fue el Cardenal Benedetto Aloisi Masella, ya que la función de los protectores fue anulada por la Secretaría de Estado en el momento del Concilio Vaticano II en 1964. Los protectores titulares permanecieron hasta su muerte, y con ellos murió también el oficio que recibieron.

Esto sucedió porque, en el contexto contemporáneo, la función del cardenal protector perdió parte de su relevancia formal. La Iglesia católica sufrió numerosas reformas durante el siglo XX, y muchas de las funciones que antes se delegaban en los cardenales protectores se incorporaron a las estructuras oficiales de la Curia Romana o quedaron obsoletas por los cambios en el gobierno eclesiástico. Sin embargo, aunque la figura del cardenal protector ya no exista con las mismas prerrogativas que en el pasado, el concepto de protección eclesiástica sigue siendo importante.

Hoy en día, los Salesianos, como muchas otras congregaciones,

mantienen una estrecha relación con la Santa Sede a través de varios dicasterios y oficinas curiales, en particular el Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Además, muchos cardenales siguen apoyando personalmente la misión de los Salesianos, incluso sin el título formal de protector. Esta cercanía y apoyo siguen siendo esenciales para asegurar que la misión salesiana continúe respondiendo a los desafíos del mundo contemporáneo, particularmente en la educación de los jóvenes y en las misiones.

La institución de los cardenales protectores de la Sociedad Salesiana fue un elemento crucial en su crecimiento y consolidación. Gracias a la protección ofrecida por estas eminentes figuras eclesiológicas, Don Bosco y sus sucesores pudieron llevar a cabo la misión salesiana con mayor serenidad y seguridad, sabiendo que podían contar con el apoyo de la Santa Sede. La labor de los cardenales protectores resultó esencial no sólo para defender los derechos de la congregación, sino también para favorecer su expansión por todo el mundo, ayudando a difundir el carisma de Don Bosco y su sistema educativo.